

Capítulo II

El desarrollo desigual de los litorales y la explosión regional

Las zonas costeras monopolizan hoy el crecimiento demográfico y económico de toda la Andalucía mediterránea. Gracias a los privilegios exclusivos de su clima o al atractivo de sus costas, ellas concentran todas las actividades modernas —agriculturas de alta rentabilidad, turismo— y sin duda las únicas oportunidades de progresos futuros. Frente a un interior pasivo, deshecho, que permanece en la sombra de una crisis sin remedio y pierde allí toda cohesión, ellas representan a la vez la pieza maestra de la economía y el único principio organizador del tejido regional. *La Andalucía mediterránea se reconstruye desde ahora alrededor de su litoral.* El interés del análisis del fenómeno costero supera, pues, con mucho, la definición de los sistemas que lo animan, la descripción de su dinamismo cuyos términos esenciales han sido, por otra parte, examinados más arriba (Segunda parte, capítulo II). Se trata más de observar *la «emergencia» de nuevas estructuras regionales*, cuya trama se confunde finalmente con los ejes de la influencia litoral sobre un interior invertebrado.

Pero la realidad actual no es simple. En efecto, más allá de una cierta vitalidad de conjunto que permite oponerlas globalmente a las zonas interiores, las zonas costeras no ofrecen apenas unidad. Las diversas secciones del litoral no gozan, de entrada, de un dinamismo comparable. Los focos más activos —la Costa del Sol malagueña, las costas orientales— permanecen separados por vastos sectores languidecientes, retrasados aún en una tradición rutinaria.

Las propias zonas más vivas siguen vías divergentes, se desarrollan independientemente sobre bases que les son exclusivas: en el Oeste, el turismo representa el motor esencial del crecimiento; en el Este, por el contrario, la horticultura moderna constituye el término fundamental de la expansión. Nos encontramos, pues, en presencia de un medio litoral muy diversificado, yuxtaponiendo células heterogéneas de las que cada una evoluciona a un ritmo propio hacia fines personales.

Tal situación engendra consecuencias evidentes en cuanto a la articulación regional de la Andalucía mediterránea. Cada uno de los focos litorales se constituye, de hecho, en un área de influencia autónoma de la cual regula su extensión en la medida de su vitalidad. El espacio mediterráneo-andaluz no puede, por otra parte, definirse como una región homogénea que se articula simplemente en la solidaridad de un conjunto costero y de una vasta región interior. Ofrece, por el contrario, la imagen disociada de *una yuxtaposición de «sistemas regionales» independientes*, desigualmente coherentes, que ninguna jerarquía funcional armoniza.

I. EL ANGULO MUERTO DE LAS COMARCAS MEDIANAS

Entre el turismo por el Oeste y horticultura fuera de estación por el Este, la sección central de la costa mediterránea andaluza parece extrañamente calmada, como dormida dentro de funciones tradicionales y rutinarias. Las actividades dinámicas que aseguran el éxito de los litorales de Málaga y Almería se ven ausentes o reducidas a un nivel demasiado modesto, en zonas demasiado puntuales, para poder animar eficazmente a estas comarcas.

El crecimiento de los balnearios permanece débil. Insignificante en las costas de Motril, no adquiere sino una importancia todavía secundaria en Almuñécar, Nerja y Vélez-Málaga. Por otra parte, el desarrollo de una agricultura moderna de alta rentabilidad no resulta apenas significativo sino a escala de minúsculas vegas, la del río Verde de Almuñécar o la de Vélez, incompletamente terminada, por otra parte. En conjunto, especulaciones y técnicas agrícolas permanecen siendo tradicionales, sobre todo en la llanura de Motril-Salobreña, fiel al viejo monocultivo de la caña de azúcar.

Desprovistos de actividades motrices suficientes, estos litorales no han engendrado ningún foco económico lo suficientemente vivaz como para poder actuar eficazmente sobre el interior. Ni Almuñécar ni Vélez son lo suficientemente poderosos como para intervenir valiosamente en este terreno. Motril, la única ciudad de alguna importancia (32.000 habitantes en 1970),

carece de dinamismo para jugar un verdadero papel regional. El principal fallo de este «vacío mediano» procede en el fondo de la ausencia de capital activo. La responsabilidad por ello incumbe primeramente a Motril, por su mediocridad urbana, así como por su inmovilismo agrícola. Pues bien, privadas de dirección, estas comarcas permanecen igualmente insensibles a la influencia de los grandes polos de atracción de los litorales vecinos: las relaciones con el Campo de Dalías o la Costa del Sol malagueña, perturbadas sin duda por las dificultades de circulación, son muy escasas. Granada, capital interior e impotente para absorber los excedentes humanos de su propia vega (1), no tiene apenas influencia notable sino sobre los confines septentrionales del Valle de Lecrín. Por eso, de la Alpujarra occidental a la comarca de Vélez, vastos territorios ofrecen la imagen de un aglomerado de «comarcas» que evolucionan aisladamente. Rechazando masivamente a sus poblaciones, ellos alimentan una emigración lejana, enteramente perdida para la Andalucía mediterránea.

Quedan por comprender las razones decisivas de la falta de dinamismo de estas costas, de la lentitud de penetración de las actividades modernas. Es en las llanuras de Motril donde la resistencia obstinada de la caña de azúcar simboliza del mejor modo el rechazo categórico al progreso propuesto por los litorales vecinos y por lo que es preciso primeramente buscar una respuesta a la pregunta.

A) LA VEGA DE MOTRIL-SALOBREÑA: LA ESCLEROSIS DE LA ECONOMÍA AZUCARERA (2)

La llanura del Guadalfeo, la más bella de esta sección del litoral, presenta el ejemplo más acabado de monocultivo absoluto e inamovible a la vez. Desde el siglo XIX, la caña de azúcar reina soberana sobre las 3.000 Ha de las vegas confundidas de Motril y Salobreña, que concentran más de la mitad de las

(1) Ocaña Ocaña, M.C. *La rega de Granada*, Granada, CSIC, 1974, 560 págs.

(2) Mignon, C. «Paysage agraire et mécanisation dans la vega de Motril». *Actes du congrès sur «les paysages ruraux européens»*, Perugia, 1975, págs. 337-388.

plantaciones andaluzas (3). Aquí se sitúa el principal foco español de producción de azúcar de caña.

El sistema, enteramente fundado sobre la abundancia de una mano de obra barata, está hoy día superado.

1) La esclerosis de la economía azucarera.

El sistema azucarero, tal como se presenta en Motril, está dominado por dos fenómenos esenciales: la preponderancia del papel de las azucareras y de los industriales que controlan tanto la producción agrícola como su transformación y el fraccionamiento extremo de los marcos de la explotación. Ambos resultan de las necesidades de funcionamiento de la economía tradicional.

La pulverización de las explotaciones agrícolas es característica de las estructuras microfundistas. Ella ha sido ya evocada en la primera parte (capítulo III). Se recordará solamente que en la vega de Motril, 91,5 % de los «cañeros» cultivan menos de 2 Ha, y que la mayoría de ellos disponen de tenencias inferiores a 0,50 hectáreas (4). En definitiva, solamente algunas decenas de explotaciones —estrechamente asociadas en general a los intereses de la industria azucarera— trabajan más de 5 ha. lo que corresponde a 1/4 solamente de la superficie azucarera total.

Por menuda que sea, la explotación de caña se fracciona a su vez en varios rodales. El parcelario sufre, pues, un desmigajamiento extraordinario: la superficie de la unidad de cultivo media se mantiene, la mayoría de las veces, entre 1/4 y 1/3 de ha. Solamente 1/10 de las parcelas alcanza 1 ha. mientras que los 2/3 de ellas permanecen inferiores a 30 áreas. El acceso a los campos de cultivo se hace a lo largo de estrechos senderos que se cuelan de un surco al otro, justo lo suficiente para permitir el paso de un hombre o de un mulo. Las parcelas se encuentran

(3) Sobre la evolución histórica del cultivo de la caña de azúcar, véase:

— La Sagra R. *Informe sobre el cultivo de la caña y la fabricación del azúcar en las costas de Andalucía*, Madrid, 1845.

— Blume H. El cultivo de la caña de azúcar en Andalucía, *Estudios geográficos*, 1958, núm. 70.

— García Manrique, E. *Los cultivos subtropicales en la costa granadina*, Universidad de Granada, 1972.

(4) García Manrique, E. *Los cultivos subtropicales...*, obra citada.

pues, reunidas por centenares en masas apretadas de una centena de Ha sin aperturas, totalmente enclavadas en 9/10 de los casos.

La impresión de parcelación resulta más sensible, en época de labor, a nivel del aprovechamiento interno de las parcelas. El riego, regulado por cánones estrictos, de tradición heredada «según dicen» de la agricultura musulmana, supone en efecto la disposición del suelo según una red compleja de diquecillos que fraccionan el suelo hasta el infinito. La trama viene dada por caballones estrechos, espaciados 1,10 metros, que contienen a las plantas de caña. Entre ellas, el surco se encuentra tabicado según pequeños casilleros geométricos con terraplenes de una decena de centímetros («pataratas» en la terminología local); un diquecillo longitudinal divide el surco en dos partes, quedando las otras dispuestas en forma perpendicular. El objeto de estas cubetas es el de retener el agua de forma que el pie débilmente enraizado de la caña esté directamente bañado.

Así, por la tenencia del campo y la microtopografía parcelaria, la explotación de la caña se ve primeramente marcada por este fenómeno de parcelación, de subdivisión sistemática del espacio en unidades cada vez más exigüas. Este carácter dominante no es en absoluto fortuito y no reviste únicamente un interés fisionómico. Resulta por el contrario, de necesidades funcionales, las de los métodos culturales de la tradición estrictamente fundados en formas manuales.

El fraccionamiento extremo del paisaje agrario, es en efecto, la expresión de un modo de cultivo de jardinería. Los trabajos son bastante poco numerosos, de hecho, pero casi íntegramente realizados «a mano». Las plantaciones de los esquejes, la repartición abundante del estiércol, las escardas, la construcción de los caballones y diquecillos están asegurados únicamente a partir de la energía humana. Pero, es sobre todo la recolección o «zafra» la que impone los mayores gastos de trabajo. Integramente manual, ella supone el recurso a una voluminosa mano de obra estacional —2.000 hombres aproximadamente en la vega de Motril-Salobreña, acompañados de sus familias— así como una numerosa caballería. La zafra, organizada por las azucareras con la exclusión de los plantadores que nunca participan en ella, comprende, de hecho, dos operaciones simultáneas:

— La corta propiamente dicha es un trabajo penoso realizado

por medio de pequeñas hachas. Está confiada a equipos de hombres que avanzan en línea al ritmo lento de la corta. Detrás de ellos, las mujeres y los niños aseguran la escamonda.

— El transporte de la caña a la azucarera constituye el segundo aspecto de la zafra. Las mulas juegan aquí el papel esencial. Sus largas filas se engranan desde el campo hasta la fábrica o, con más frecuencia hoy, hasta la carretera más próxima, donde carretas y camiones se encargan de transportar la caña.

Así, en ningún momento del ciclo de la producción intervienen las máquinas, ni incluso la simple yunta. Todo reposa en el trabajo del hombre y la energía del mulo de albarda. Estos métodos no recuerdan en nada a las prácticas modernas potenteamente mecanizadas que se conocen en otras partes, en Estados Unidos o en Australia. Ellos explican bien, por el contrario, los principales caracteres de la estructura de explotación.

La exigüedad de la parcela, primeramente, puede ser mejor comprendida: la dimensión de los campos permanece a la medida únicamente de la energía manual. Lo mismo puede decirse con respecto a la dimensión de la explotación que, cualquiera que sea la dimensión de la propiedad, se subdivide hasta adaptarse a la capacidad de trabajo del cañero. En este contexto de parcelación necesaria, donde cada parcela adquiere un valor considerable, la ausencia de caminos aparece a su vez como un fenómeno lógico. El enclavamiento de las parcelas no impone, por otra parte, ninguna molestia en el marco del sistema tradicional: los senderos son suficientes para el paso de los hombres y de las mulas.

El desmigajamiento de las tenencias y de los campos, el enclavamiento de las parcelas, característicos del sistema de explotación motrileño, responden, pues, a una lógica perfectamente coherente. Esta no es en absoluto incompatible, por otra parte, con la influencia todopoderosa de la industria azucarera sobre la economía agrícola.

b) *El control de la economía azucarera* se encuentra concentrado, de hecho, en las manos de un pequeño número de industriales, sin que haya aquí una real contradicción con la parcelación de las estructuras de explotación. Las seis azucareras de la cuenca de Motril-Salobreña controlan estrechamente la producción agrícola.

La propiedad del suelo constituye el medio más seguro de controlar el sistema de cultivo y, por ahí, de asegurar el aprovisionamiento de las fábricas. Por esto, la concentración fundiaria aparece como la expresión lógica de un sistema económico concebido y dirigido por la fábrica. De hecho, la gran propiedad —la de la azucarera o de los accionistas que componen la dirección de la misma— reagrupa cerca del 40% de las superficies plantadas de caña. Una parte de este territorio está explotada directamente. Es el caso de unas 200 ha. poseídas por el puñado de accionistas de la Compañía Azucarera San Francisco de Salobreña. Estos —25 en total— disponen las más de las veces de dominios de 5 a 50 ha. que confían a capataces encargados de dirigir los equipos de asalariados. En realidad, es éste un sistema poco corriente: la Azucarera Rosario no cultiva sino una treintena de Ha de esta forma, lo mismo que la fábrica Montero. La explotación de la gran propiedad azucarera está, en general, confiada a colonos bajo la forma de una multitud de tenencias minúsculas. La Sociedad Motrileña hace trabajar así la totalidad de sus tierras, más de 200 ha.; la Azucarera Rosario, sobre todo, que posee cerca de 400 ha., emplea de 800 a 900 colonos entre los cuales reparte sus 1.014 parcelas.

Dueñas de una buena parte de las tierra, las azucareras controlan a la vez la producción, de manera evidente en el caso de la explotación directa, de forma no menos segura en el caso del coloniaje. Los colonos están en efecto ligados a la azucarera por un contrato que los compromete a cultivar la caña en la totalidad de la tenencia y a entregar la totalidad de la cosecha a la empresa propietaria. La dirección de la plantación está igualmente sometida a las directivas técnicas de la azucarera: es esta última la que impone las variedades a cultivar y proporciona los plantones. Es ella la que distribuye el abono y, finalmente, organiza la «zafra».

Las fábricas desprovistas de propiedades fundiarias importantes y cuyo funcionamiento está sometido a la irregularidad de las entregas de la multitud de pequeños plantadores independientes se aseguran por otros medios un aprovisionamiento sin incertidumbres. El procedimiento consiste entonces en ligar a los pequeños productores por un sistema de contratos establecidos cada año o por la duración del ciclo de la caña (4 ó 5 años).

Cada Azucarera dispone, de hecho, de una clientela fiel y estable, encargada de entregarle su producción y de conformarse con sus directivas técnicas. Como en el caso precedente, es la fábrica la que organiza la recogida. En la práctica, este sistema, utilizado sobre todo por las Azucareras Ntra. Sra. del Pilar, San Luis y Montero, no difiere fundamentalmente del coloniaje y sólo se distingue de él por la ausencia de renta fundiaria a entregar a la fábrica. En todos los casos, pequeños campesinos o colonos están sometidos a las mismas reglas, que garantizan el poder de los industriales. Cualquiera que sea el estatuto de la azucarera —azucarera-propietaria-explotante (San Francisco), azucarera-propietaria con colonos (Rosario) o azucarera con clientela campesina bajo contrato— aquélla dirige sin coparticipación la economía de la caña.

Dueñas del empleo, las azucareras regulan también, en una gran medida, la situación social de la totalidad de la zona. Por medio del coloniaje o del asalariado agrícola, ellas controlan alrededor de 2.000 puestos de trabajo permanente en la agricultura, es decir más de la mitad del empleo en este campo. Con ocasión de la zafra, ellas ofrecen finalmente una salida a unos 2.000 montañeses vecinos, candidatos a las migraciones estacionales, que encuentran así ocupación durante tres meses, alrededor de Motril. Su papel no es menos notable a nivel del asalariado industrial: las azucareras no utilizan sino 300 ó 400 empleados fijos pero reclutan por el contrario un millar de estacionales durante el trimestre de recogida cuando las fábricas funcionan a plena carga. Distribuidores a la vez de trabajo agrícola e industrial, permanente y estacional, ellas disfrutan de una posición determinante en el mercado local del empleo.

Adaptado a las técnicas necesitadas de la agricultura manual por causa del fraccionamiento de sus estructuras de explotación, concentrado en las manos de un puñado de azucareras que, para las necesidades de la economía industrial, controlan estrechamente sus factores decisivos, el sistema motrileño demuestra una perfecta coherencia en los marcos de la economía tradicional. Pero hoy esta organización rigurosa atestigua un arcaísmo perjudicial tanto para los agricultores como para los industriales: el sistema azucarero conoce dificultades crecientes.

c) *La crisis de la economía azucarera es de origen estructural.*

Ella expresa las insuficiencias hoy redhibitorias de un sistema singularmente anticuado.

Las dificultades de la agricultura provienen fundamentalmente de la agravación considerable y continua de los gastos de producción, convertidos en prohibitivos. El arcaísmo de las técnicas culturales demasiado exclusivamente manuales es directamente responsable de ello. *La zafra*, sobre todo, que absorbe, por sí sola, la mitad del tiempo de trabajo anual, *constituye el problema crucial*, del sistema actual. Todo reposa, en efecto, en la realización de una doble condición: el bajo coste del trabajo humano y la disponibilidad de una abundante mano de obra estacional. Hoy tanto una como la otra son satisfechas cada vez más difícilmente.

El coste del trabajo asalariado se ha incrementado en proporciones considerables, en respuesta a la elevación general del nivel de vida nacional y como consecuencia de la concurrencia de las migraciones estacionales lejanas (hacia Francia especialmente). El precio de una jornada de corte se ha triplicado en cinco años, pasando de 200 a 600 pesetas de 1967 a 1972, para alcanzar unas 1.000 pesetas en 1975.

Las dificultades de reclutamiento, cada año más sensibles, agravan aún más la tendencia. La mano de obra montañera se rarifica progresivamente, con la cadencia de la emigración. Los que permanecen prefieren con frecuencia trabajos menos penosos igualmente remuneradores y se orientan principalmente –los jóvenes sobre todo– hacia las tareas estacionales de la construcción en los litorales turísticos o hacia los lejanos desplazamientos de recolección en el sur de Francia. A esta evasión de los hombres se añade el problema también inquietante de la reducción rápida de los efectivos de mulas indispensables para el transporte de la caña. Estas desaparecen de los campos cerealistas a medida que avanza la mecanización mientras que, en la montaña, el ganado de labor va siendo diezmado al ritmo creciente del éxodo rural.

De esta suerte, los gastos de recolección, que representan ya mucho más de la mitad del coste de producción, tienden a volverse cada vez más difícilmente soportables. Pues bien, a pesar de las actualizaciones periódicas del precio del azúcar, el valor de la producción no es capaz de seguir a largo plazo la

evolución inevitablemente rápida de los gastos de mano de obra. Los márgenes de beneficio están sujetos a un laminado creciente que parece inevitable: el umbral de ruptura se alcanza allí donde esta agricultura devoradora de trabajo está en trance de no poder ya soportar las cargas. *Los gastos de recolección* alcanzan aquí valores *cinco veces superiores* a los que se admiten en los sistemas modernizados.

Los progresos registrados por los rendimientos desde hace una decena de años no compensan apenas este desequilibrio creciente. La sustitución integral de la variedad NCO (Natal) a la vieja POJ (Java), en uso hasta entonces, ha permitido acrecentar a la vez la producción por ha. en un 20% como media, y el contenido en azúcar en cerca del 25%. El producto de la recolección, pagado según su riqueza en sacarosa, se ha elevado sensiblemente. Sin embargo, a pesar de rendimientos medios que alcanzan hoy 90 a 100 1/ha, la intensidad se revela todavía muy insuficiente con respecto al coste de producción.

La mediocridad creciente de los ingresos producidos por el cultivo de la caña es cruelmente sentida al nivel de la microexplotación. La parcelación de las estructuras sociales amplifica la crisis. La mayoría de las tenencias se revelan incapaces de hacer vivir hoy a una familia campesina sobre 30 ó 50 áreas. Pues bien, para un gran número de productores, colonos de las azucarreras, el pago de una renta fundiaria que varía del 20 al 40% de la producción, según los casos erosiona aún más las rentas ya muy reducidas. Sabiendo que una ha de caña proporcionaba un beneficio del orden de 50.000 pesetas en los años 70 (4) y que este valor no ha aumentado en absoluto desde entonces (el alza del precio de la caña apenas ha compensado el aumento de los gastos), el balance de una explotación media se establece en unas 25.000 pesetas al año, o 20.000 apenas en el caso de una tenencia de colono. Resultados ridículos si se tiene en cuenta, además, la ausencia de productos de autoconsumo en tal sistema: la población agrícola, enteramente dependiente del comercio para satisfacer sus necesidades elementales (alimentación, vestido, etc.) sufre, pues, sin compensación el alza general del coste de la vida. La caña de azúcar aparece hoy en día como una especulación demasiado poco productiva a la escala de una sociedad agraria tan menuda. Se estima que, de ahora en ade-

lante, una familia de cañero debiera disponer de 10 Ha aproximadamente para vivir convenientemente en el marco del sistema motrileño. Pues bien, menos del 1% de las explotaciones actuales alcanza este umbral mínimo. Más aún que antaño, la agricultura azucarera es aquí generadora de una pobreza que confina a la miseria.

En realidad, —expresión manifiesta de la impotencia del sistema—, el cultivo de la caña no puede sostener una verdadera economía campesina. Ya desde hace mucho tiempo, pero de forma cada vez más evidente hoy, las explotaciones azucareras no sirven más que como complemento a otros recursos profesionales. El Censo Agrario de 1972 indica que el 65% de los jefes de explotación de Motril y el 67% de los de Salobreña se ocupan durante más de la mitad de su tiempo en tareas exteriores. Fenómeno sorprendente en un marco agrario tan parcelado, pero que únicamente puede explicar el mantenimiento de una pequeña agricultura tan mal remunerada, la verdadera tenencia campesina es extremadamente rara. La fórmula habitual consiste, tanto para los pequeños propietarios como para la mayoría de los colonos, en hacer trabajar su explotación «a destajo» por obreros agrícolas, de forma que ellos puedan consagrarse enteramente a otras actividades. *El «cañero», aquí, no cultiva la caña* sino que se contenta con retirar de ella los beneficios —incluso muy modestos— al término de la campaña. Sus recursos esenciales —salvo si él posee una plantación suficientemente grande— proceden del ejercicio de otras funciones: oficios ciudadanos o de la azucarera (obrero, empleado de oficina), migraciones estacionales también, por falta de empleos permanentes en número suficiente.

En definitiva, la verdadera población agrícola —la única en cultivar la caña— es la de los jornaleros. Estos, además, de alguna minúscula parcela cultivada para su beneficio, trabajan las plantaciones de los grandes y pequeños explotantes. La concentración de las tareas en breves períodos entraña por otra parte un fuerte paro temporal, tara crónica de la región de Motril, que hoy empuja a un gran número de jornaleros a las prácticas de la emigración estacional.

En resumen, la agricultura azucarera vive así sobre bases bastante malsanas, sin sostener explotaciones realmente autó-

nomas. Es, en el fondo, esta función económica accesoria la que permite comprender su permanencia dentro de marcos irracionales y su mantenimiento fuera de toda norma de rentabilidad. La seguridad de los recursos compensa en este sistema la escasez de los beneficios: el explotante tiene asegurado vender su producción a un precio garantizado y se satisface con rentas complementarias modestas, pero seguras. La presión de las azucareras, preocupadas por conservar un aprovisionamiento indispensable, interviene potentemente también para salvaguardar la integridad del dominio de la caña. Su voluntad en este sentido es tanto más tenaz cuanto que ellas se encuentran igualmente amenazadas por la evolución de la economía industrial que les es desfavorable.

Las dificultades de la industria azucarera son comparables a las de la agricultura. Los beneficios de la transformación de la caña se reducen a márgenes muy escasos. Basados en el principio de la libertad de los precios que antaño les permitía fijar las cotizaciones de la caña, concebidas para funcionar con la ayuda de una mano de obra barata, las azucareras sufren actualmente aumento rápido de los gastos salariales y de los gastos fijos incompresibles que aumentan considerablemente los precios de coste del azúcar. En contrapartida, ellas no pueden apenas compensar esta evolución negativa jugando con las cotizaciones que son fijadas por el Estado. El problema de las azucareras motrileñas puede resumirse, en el fondo, en dos insuficiencias principales.

La primera proviene del desmigajamiento de las unidades de producción, de su mediocre capacidad de tratamiento. Hay demasiadas azucareras en la llanura de Motril, y de muy mediocre envergadura: las seis fábricas actuales no pueden tratar sino 700 a 800 toneladas de caña por día en las más importantes; de 300 a 500 toneladas en las más pequeñas. En definitiva, la producción final es demasiado modesta para poder retirar de ella beneficios suficientes, mientras los gastos de personal permanente (administración, mantenimiento) se ven anormalmente aumentados por el fraccionamiento de las empresas. Se señalará simplemente, como medida de la insuficiencia de estas fábricas, que la capacidad mínima admitida actualmente para asegurar la rentabilidad de una azucarera se eleva a 1.500 toneladas al día, es decir, dos o cuatro veces el volumen tratado por las fábricas de Motril.

Las dificultades de las azucareras se ven considerablemente agravadas, finalmente, por la brevedad de su período de actividad. Ellas no trabajan sino 70 días al año, como media, sin que sea posible extender la duración de la trituración: la caña debe ser transformada sin esperar para no perder en absoluto su calidad y ello no autoriza ningún almacenamiento. La duración de la «estación muerta» es tanto más difícilmente soportable cuanto que la capacidad de tratamiento es más débil. Pues bien, las azucareras de Motril no consiguen, sin embargo, funcionar a pleno rendimiento por falta de una alimentación suficiente, al ser la producción de caña de la vega ligeramente inferior a las posibilidades de absorción del conjunto de las fábricas.

El problema es suficientemente agudo como para poner en peligro la existencia misma de la industria azucarera. Ciertas fábricas contemplan el cierre como ya lo ha hecho la Motrileña hace algunos años. Las cinco fábricas sobrevivientes mantienen un equilibrio frágil al precio de artificios inciertos: la posesión del suelo permite a algunas de ellas obtener la caña a precios reducidos en un 20 a un 40% (el valor del arrendamiento), un acuerdo entre las empresas regula el reparto de la materia prima con el fin de evitar un alza de las cotizaciones de la caña que no dejaría de provocar una competencia demasiado viva entre los industriales; sobre todo, es gracias a la fabricación de alcohol, subproducto de la trituración, oficialmente considerado como alcohol de consumo y vendido a una tarifa elevada, como las fábricas compensan la insuficiente rentabilidad de la producción de azúcar.

El sistema azucarero tal como se presenta en Motril sufre hoy de arcaísmo. Es esta una economía retrasada que, lógicamente, no debiera satisfacer ya ni a los agricultores ni a los industriales. La urgencia de una reconversión profunda parece indiscutible.

2. Una reconversión difícil

Para resolver la crisis una simple alternativa se presenta:

— Aumentar la intensidad de la producción hasta alcanzar un umbral de rentabilidad mínima a nivel de la microexplotación: la caña no es susceptible apenas de progresos suficientes

para satisfacer a tales exigencias y, en esta óptica, debiera ser abandonada en beneficio de nuevas especulaciones; —reducir considerablemente los gastos de producción con el fin de racionalizar el sistema actual tanto a nivel de la agricultura como de la industria azucarera. Es la vía que implicaría primeramente la mecanización agrícola, única capaz de reducir notablemente los gastos de mano de obra.

Por razones técnicas, o como consecuencia de las resistencias sociales, las dos opciones parecen actualmente bloqueadas.

a) *La adopción de un sistema de cultivo altamente intensivo* ofrecería la ventaja apreciable de no necesitar en absoluto una transformación radical de las estructuras agrarias: las especulaciones de muy grande rentabilidad podrían adaptarse directamente a escala de la microexplotación y satisfacerse con la pulverización parcelaria. Pues bien, las posibilidades aquí quedan extremadamente abiertas. Modelos existen ya a las puertas de Motril, los del cultivo sobre arena de productos hortícolas o los de la arboricultura tropical, que en otras partes aseguran la prosperidad de tenencias generalmente inferiores a la ha. Las condiciones naturales son muy favorables: el invierno es aquí más clemente que en ningún otro punto del litoral; los pretendidos obstáculos de la sal o de los suelos fuertes de base plana no son sensibles apenas para el cultivo hortícola forzado y pueden, todo lo más, limitar la extensión de los huertos de chirimoyos.

Pero, de hecho, los progresos de los nuevos cultivos son inexistentes fuera de los márgenes periféricos de la cuenca, en las tierras recientemente regadas, exteriores a la llanura azucarera. La vega tradicional permanece obstinadamente fiel a la caña y refractaria a toda innovación cultural. La resistencia del sistema actual parece irreducible en efecto. Ella se funda sobre todo en el *apego de los industriales al cultivo de la caña* cuya superficie no puede disminuir sin poner en peligro la existencia de las azucareras: su aprovisionamiento está ya limitado al mínimo indispensable a su actividad. Pues bien, el poder de la fábrica es lo suficientemente fuerte como para impedir toda sustitución.

b) *La mecanización de la agricultura azucarera* se impone, desde ahora, como la única salida capaz de renovar el sistema. Se trata esencialmente de suprimir los enormes gastos de mano de obra ocasionados por la zafra, responsable por sí sola de más de

la mitad del coste de producción: los gastos de recogida podrían así ser reducidos en los 4/5. El problema parece, en teoría, relativamente fácil de resolver: basta para ello con remodelar el parcelario que prohíbe el acceso y el uso de la máquina. De hecho, se percibe muy pronto que la menor modificación del paisaje agrario conduce a la puesta en duda global del sistema bajo todos sus aspectos, técnicos, sociales y económicos. La mecanización implica una auténtica «revolución» agrícola, cuya puesta en marcha se revela particularmente difícil.

La necesidad del remodelaje parcelario se impone de entrada. Este no puede ser eficaz sino al precio de transformaciones profundas en tres puntos esenciales.

— El desenclave parcelario, en primer lugar, es indispensable para permitir el acceso a los campos de las grandes máquinas cortadoras como de los camiones. Esta sola operación entrañaría ya una disminución importante de los gastos de recogida por el simple hecho de la supresión de las mulas, reemplazadas por el transporte automóvil, sin ruptura de carga de la plantación a la fábrica. Está fuera de todo propósito, sin embargo, el tratar de abrir suficientes caminos para obtener el acceso a la multitud de parcelas existentes. Conviene pues, simultáneamente, proceder a la reagrupación de las parcelas.

— La reagrupación parcelaria debiera conducir a constituir unidades de cultivo de una dimensión al menos igual a una Ha., superficie mínima para la utilización racional de las máquinas. Es pues hacia esta dimensión, tres o cuatro veces superior a la superficie media de los campos actuales, a la que debe tender la concentración.

— La simplificación de la microtopografía de las parcelas es igualmente imperativa. La estrechez de los surcos y, sobre todo, la existencia de una red apretada de diquecillos de riego hacen el terreno totalmente impracticable para las máquinas, provocando continuos incidentes mecánicos. Haría falta, pues, a la vez ensanchar los surcos a 1,40 cm por lo menos y suprimir obligatoriamente las «pataratas». Se llegaría así a reducir el sistema dispositivo de las parcelas a un simple sistema de caballones espaciados.

En realidad la ejecución de tal programa presenta enormes dificultades, mientras las consecuencias de estas transformacio-

nes, aparentemente superficiales entrañarían por una especie de «reacción en cadena» la puesta en entredicho de la totalidad del sistema. Las implicaciones del remodelaje parcelario afectan de hecho, a todos los aspectos de la agricultura azucarera actual.

Las implicaciones sociales y económicas parecen determinantes. En efecto, se sabe que más del 80% de las propiedades de la vega son inferiores a una hectárea, dimensión mínima requerida para su mecanización. Las operaciones de concentración quedarían, pues, sin efecto en la inmensa mayoría y serían rentables únicamente a los propietarios bien dotados, es decir, sobre todo a los industriales. La única solución de este problema es, por lo tanto, a la vez una reagrupación de las pequeñas explotaciones y una reorganización del funcionamiento de las azucareras.

La asociación de los pequeños explotantes aspiraría a adicionar tenencias contiguas hasta constituir, en el momento de la recolección, unidades suficientemente extensas como para permitir el trabajo de la máquina. De hecho, una nueva dificultad se opone a la puesta en práctica de tal fórmula: se refiere ésta a la complejidad de las redes de aprovisionamiento de la industria azucarera. Cada una de las cinco azucareras posee en efecto su clientela, constituida por microproductores obligados a entregarle su producción y a someterse al calendario de recogida fijado para cada fábrica. Así, en un cierto número de casos, la caña de las tenencias vecinas está comprometida con azucareras diferentes y no puede ser cortada en las mismas fechas. Tal situación deja pues prácticamente nulo el beneficio de una eventual reagrupación de los productores, a menos que exista una armonización más avanzada de la actividad de las azucareras.

Así, un acuerdo inter-azucareras que aspire a repartirse la producción por zonas geográficas homogéneas o, al menos a coordinar las operaciones de recogida a nivel de cada sector de la vega, aparece como una condición indispensable al éxito de la mecanización.

Ante el riesgo de yuxtaponer dos tipos de agriculturas violentamente opuestas —una moderna y mecanizada sobre las tierras de los propietarios bien dotados; la otra, manual entre los microfundistas—, la refundición parcelaria debe, por tanto, verse acompañada obligatoriamente por una política de reagrupación tanto a nivel de la explotación como al de la transformación de la

caña. Se trata de preconizar una verdadera «revolución» en el espíritu de una población rural muy individualista y poco dada a las asociaciones.

Las implicaciones técnicas de la mecanización eventual de la zafra suponen igualmente una transformación radical de las prácticas agrícolas. La utilización de las máquinas, imponiendo la supresión de las «pataratras», no provoca solamente una modificación en el detalle del acondicionamiento parcelario. Entraña, de hecho, una grave perturbación del sistema tradicional, hasta el punto de imponer su reorganización completa. Estos diquecillos respondían en efecto a una necesidad precisa: la de bañar directamente el pie de la caña, cuyo enraizamiento muy superficial es debido a la presencia de una «suela» arcillosa asfixiante y compacta, de débil profundidad. El problema es crucial: la desaparición de los diquecillos amenaza con reducir considerablemente la eficacia del riego y entrañar, en consecuencia, el desmoronamiento de la producción. Es, por tanto, necesario reconsiderar todo el principio del riego.

La reorganización técnica del riego es, por otra parte, deseable por otras razones. La caña cultivada según los métodos actuales conviene mal a la recogida mecánica: débilmente enraizada, ella es extremadamente sensible al «encamado», entorpecida por follaje superabundante debido a un riego demasiado copioso, ella disminuye el rendimiento de las máquinas en más de un 50%.

La solución de estos problemas parece residir en la adopción de la técnica del «subsolado», que permitiría destruir la «suela» compacta provocada por el alisado repetido de las labores superficiales: la caña podría entonces enraizarse profundamente y el agua infiltrarse regularmente hasta las raíces. El riego sería entonces posible sin dispositivos particulares. El subsolado entrañaría, por otra parte, otras consecuencias beneficiosas: una mejor eficacia de los abonos, reducida hasta ahora por la mala difusión de los abonos en el suelo; la posibilidad de adoptar la técnica de la quema de la caña en pie, todavía impracticable por el hecho de la superabundancia de follaje, lo que permitiría verosímilmente duplicar el rendimiento de la corta.

Por un encadenamiento de consecuencias con frecuencia insospechadas, la mecanización impone, pues, por medio de una

simple reorganización parcelaria, una auténtica «revolución» agrícola: reforma profunda de las técnicas culturales, reagrupación de las explotaciones, asociación de las azucareras. Ella supone de hecho, una renuncia total al sistema tradicional. Es sin duda en razón de la brutalidad a esta ruptura, sin embargo, necesaria, por lo que la mecanización se topa con resistencias difíciles de superar: una centena de hectáreas solamente son recolectadas mecánicamente a título experimental. Profundamente individualista, rutinario, el pequeño plantador ¿sabría plegarse a las exigencias de una revisión tan radical de las concepciones tradicionales?

Por su parte, la modernización indispensable de la industria azucarera no deja de suscitar enormes dificultades. La rentabilidad de las azucareras podría ser sensiblemente aumentada con un alargamiento modesto de su período de actividad: una centena de días de trabajo al año —frente a 70 actualmente— podría ser suficiente, se dice, para asegurar su equilibrio. La puesta a punto de nuevas variedades de caña de maduración más precoz podría, a largo plazo, resolver el problema. Otra solución consistiría en equipar las fábricas para permitirles trocear indiferentemente cañas y remolacha y así funcionar durante una estación mucho más larga. La azucarera Rosario ya se beneficia de esta ambivalencia. De hecho, tal progreso no es apenas decisivo en relación con las dificultades del aprovisionamiento de remolacha: ésta no es apenas cultivada en el lugar, tiende incluso a retroceder en el núcleo de producción tradicional de la vega de Granada. El transporte lejano de la materia prima corre el riesgo, de todas formas, de elevar considerablemente el coste de la transformación...

De hecho no hay, sin duda, otra solución más que la concentración de la industria azucarera: la empresa Rosario ya ha absorbido una parte del aprovisionamiento de la ex azucarera Motrileña. Pero los proyectos de fusión se topan con la resistencia de cada una de las empresas, celosas de su independencia y resueltas a luchar para preservar bien o mal su posición actual.

El sistema motrileño permanece, por tanto, estancado en sus marcos tradicionales, paralizado en la mediocridad creciente de una economía anticuada por sus estructuras agrarias e industriales que oponen una inercia obstinada a toda transformación

radical. En el fondo, el drama de la agricultura motrileña es el de situarse a mitad de camino entre una rica jardinería familiar y el gran cultivo capitalista dotado de espacio y de capitales. Sin vocación afirmada por una u otra vía, sin posibilidad de evolución fácil en uno u otro sentido, ella se encuentra hoy en la puerta falsa entre las exigencias de la economía y las limitaciones del marco agrario o industrial. La racionalización del sistema azucarero, que salvaría los intereses de las familias dominantes, sería sin duda impotente para promover a la inmensa mayoría de los pequeños explotantes.

3. La debilidad del papel regional de Motril

La mediocridad de la influencia de Motril se deriva directamente de las insuficiencias de su economía incapaz de ofrecer los empleos solicitados por los efectivos excedentarios del interior.

La actividad agrícola, principal función, se revela impotente para ocupar regularmente a la única población local. Se censan 3.000 parados en los meses invernales, fuera de los períodos de punta del cultivo azucarero (5): un activo de cada tres se ve entonces afectado por el subempleo. Pues bien, el desarrollo modesto del riego y de las empresas de colonización oficial no permiten apenas reducir las dificultades en forma decisiva: los nuevos perímetros de riego de Puntalón-Carchuma no acogerán más que 500 familias. En resumen, la vida agrícola de la llanura de Motril reposa esencialmente sobre la práctica de la emigración estacional lejana que únicamente compensa de la insuficiencia de los recursos locales. Jornaleros, así como pequeños propietarios, participan por centenares en las campañas de recolección del sur de Francia: la cuenca de Motril constituye uno de los focos de emisión de emigrantes estacionales entre los más activos de la provincia granadina (6).

La debilidad de las actividades urbanas no puede apenas

(5) Consejo económico-sindical de la zona de la Costa, *II Pleno*, Granada, 1970.

(6) Carvajal Gutiérrez, C. «La emigración al extranjero en la provincia de Granada», *Cuadernos geográficos*, Universidad de Granda, 1973, núm. 3.

paliar, en efecto, la insuficiencia de los trabajos agrícolas y proporcionar a todas las familias de los trabajadores de la caña los recursos complementarios que necesitan. La gama de funciones que ofrece esta pequeña ciudad no está a la altura de las necesidades: la actividad portuaria bastante reducida (tráfico de 500.000 toneladas) y la industria limitada, fuera de las azucareras, a una fábrica de celulosa (Empresa Nacional de Celulosas de Motril, S. A.) ocupan a unas 500 personas; los comercios y servicios en su mayoría elementales y la construcción, modestamente estimulada por un crecimiento turístico embrionario, no pueden, reunidos, satisfacer las demandas de empleo. Por eso excepcionalmente en estas costas mediterráneas, Motril está a la cabeza de una llanura litoral de donde se emigra en gran número. La inmigración, en contrapartida, es extremadamente débil. En definitiva, la influencia de Motril sobre el interior de los Guájares o de la Alpujarra occidental se mide esencialmente por los movimientos estacionales heredados de una tradición hoy decadente: la trashumancia invernal de los ovinos de Sierra Nevada hacia las laderas que enmarcan la llanura y la llegada primaveral de los cortadores de caña, cuyo porvenir está comprometido, sin duda, a corto plazo.

A este título, la vega de Motril, alternativamente atractiva para los estacionales montañeses en la época de la zafra, luego repulsiva para sus propios habitantes empujados por el paro a las migraciones de recolección en Francia, representa un caso muy original. Ella expresa, también, una impotencia total de representar un papel de animación regional, de organizar un vasto interior desamparado que se vacía en beneficio de lejanas regiones por falta de un foco económico suficientemente vivo para utilizar en su propio terreno la energía de que dispone.

B) VELEZ Y ALMUÑECAR:
EL RADIO DE INFLUENCIA LIMITADO
DE LAS PEQUEÑAS LLANURAS COSTERAS

Al oeste de Motril, las depresiones costeras de Vélez y Almuñécar comparten bastantes puntos comunes. Ambas pueden de entrada, definirse como *casos intermedios*. Sedes de actividades dinámicas en progreso rápido, su radio de influencia permanece sin embargo muy modesto: representan, de alguna manera, una forma de transición entre los grandes polos de crecimiento malagueño o almeriense y los litorales adormecidos de Motril. Basado a la vez en una notable expansión turística y en el desarrollo de las nuevas agriculturas, su estilo de desarrollo se asemeja tanto al modelo del Campo de Dalías como al de la Costa del Sol.

En ambos casos, la escasa repercusión de su éxito obedece a las mismas razones. *La falta de amplitud en su crecimiento* es, sin duda, la causa principal. Sin que se acabe en Vélez, la transformación permanece demasiado parcial como para tener un gran alcance. Igualmente, limitadas por la estrechez de la depresión del río Verde o el perfil escarpado de la costa, las nuevas actividades de Almuñécar no representan sino un volumen restringido. Es, en el fondo, la insuficiencia de los espacios libres lo que limita su desarrollo y su influencia regional. *La falta de zona interior* no le deja por otra parte apenas esperanza de representar un papel eficaz como polo de atracción para las «comarcas medianas». Su posición excéntrica con relación a estas últimas, de las que están aisladas por relieves limitantes, no es favorable apenas al establecimiento de relaciones activas con las montañas de la Alpujarra occidental o de los Guájares. Almuñécar está enclavada, alejada del eje de penetración del Valle de Lecrín que desemboca en Motril. Vélez está cortada de las regiones granadinas del mediterráneo por la barrera de la Sierra Almijara y mira naturalmente hacia el oeste del que, sin embargo, se separa hoy, no integrándose en el sistema de gran turismo de la Costa del Sol. En definitiva, tanto Almuñécar como Vélez constituyen focos de crecimiento un tanto puntuales, aislados.

La mediocridad de su radio de influencia se traduce, por otra parte, en comportamientos demográficos comparables: una po-

blación en escaso aumento, una inmigración muy modesta y sin gran significación regional que compensa la corriente inversa de una emigración escasa pero persistente.

En el seno del «ángulo muerto de las comarcas medianas», Vélez está, como Almuñécar, condenada al papel subalterno de pequeño centro de interés local.

II. LA REGION OCCIDENTAL: LA COSTA DEL SOL Y SU INTERIOR

El desarrollo del gran turismo es el único responsable del crecimiento espectacular de las costas occidentales de la Andalucía mediterránea. Concentrado más allá de Málaga, a lo largo de un centenar de kilómetros de costa, él viene reanimando desde 1960 la vida languideciente de un litoral agrícola en declive, promocionado repentinamente al rango de los focos balnearios más brillantes de España.

Los ejes de las actividades más dinámicas, y luego a continuación, los focos de control de la vida regional han migrado en el espacio según una doble traslación. Se subrayará de entrada, el desplazamiento del centro de gravedad económico de las laderas hacia el mar. Iniciado ya hace mucho tiempo, se culmina con la llegada de la función balnearia. A la preponderancia de las vertientes vitícolas, relevadas más tarde por la promoción de la agricultura regada de las llanuras litorales, sucede, para terminar, el desarrollo de las propias costas, de toda una franja de ciudades turísticas ancladas sobre la playa.

Consecuencia de este último episodio, la traslación de este a oeste del polo de animación regional trastorna más profundamente aún los principios tradicionales de la organización del espacio. La preeminencia soberana de Málaga parece caduca hoy día. La vieja capital había conservado hasta entonces el control de los elementos vitales de la economía regional: su burguesía negociante y manufacturera había sabido canalizar la prosperidad vitícola y dominar la expansión industrial del siglo XIX; igualmente sus grandes familias de la agroindustria azucarera —los Larios principalmente— habían cuidadosamente enmarcado el desarrollo agrícola de la Hoya de las llanuras litorales. Desde

ahora, mientras todo el dinamismo reposa sobre una función balnearia que le es en gran medida externa, Málaga no puede ya ser el polo de animación indiscutible de la región. Este último se sitúa desde ahora en la Costa del Sol, entre Marbella y Torremolinos. Es a partir de la Costa del Sol (el término de Costa del Sol será utilizado a lo largo de este capítulo en su acepción corriente: el litoral occidental de la provincia de Málaga, desde Torremolinos a Estepona), de ahora en adelante, como debe ser apreciada la realidad regional.

A) EL FOCO TURÍSTICO Y SU IMPACTO REGIONAL

1. Campos brutalmente urbanizados

El efecto más evidente de la explosión turística ha sido engendrar una verdadera ola de urbanización. Es éste sobre toda esta costa antaño agrícola, el fenómeno esencial que marca profundamente los paisajes y las actividades, como explica la rapidez del crecimiento demográfico.

a) *Paisajes y actividades* traducen inmediatamente todo el poder de las funciones balnearias. La Costa del Sol ofrece hoy la faz clásica de las franjas litorales recientemente conquistadas por el gran turismo moderno: una larga cadena de ciudades balnearias que constituyen a veces verdaderas conurbaciones espesando los contornos de la costa sin profundidad. Los grandes inmuebles estereotipados que jalonan los bordes del mar y las urbanizaciones, chalets individuales en el interior, tienden a invadir todo el espacio, a fosilizar los restos de los antiguos pueblos, testigos anacrónicos de una vida de antaño.

El paisaje, en efecto, expresa perfectamente el carácter hoy exclusivo de la función residencial. Mientras que hasta 1960 la agricultura ocupaba aquí a más de los 2/3 y con frecuencia más de los 3/4 de la población, las profesiones secundarias y terciarias, estrechamente ligadas al turismo, hacen vivir actualmente a la casi totalidad de los habitantes. En 1974, la estructura del empleo se distribuía de la siguiente forma (7):

(7) Según datos del Consejo económico-social-sindical de Málaga, septiembre 1975.

- sector primario = 4%
- sector secundario = 36% (sobre todo construcción)
- sector terciario = 60%

De hecho, la vida rural ha desaparecido o se encuentra reducida a algunas actividades residuales.

A mitad de camino entre Torremolinos y Marbella el municipio de Mijas proporciona el ejemplo de *un caso medio*. Sus 14.000 Ha —laderas pizarrosas destinadas al pequeño policultivo campesino, colinas litorales en manos de grandes dominios pastoriles, vega del río Fuengirola— han conservado hasta 1965 aproximadamente su vocación agrícola. Aparecida tardíamente, la urbanización bajo forma de «chalets» va a invadir muy rápidamente el territorio municipal y a hacer tabla rasa de la organización tradicional. De hecho, ni la economía agrícola rutinaria y mediocremente intensiva, ni la sociedad rural demasiado desmigajada y dividida (masa de pequeñas gentes: microfundistas, aparceros, jornaleros; «caciques», negociantes y compradores de tierras; grandes propietarios, absentistas) eran capaces de adaptarse con beneficio al desarrollo turístico (8).

b) *La explosión demográfica* traduce tanto el desarrollo de la urbanización turística como el vivo contraste que, desde ahora, opone la Costa del Sol a las poblaciones languidecientes del resto de la región.

Los récords de crecimiento demográfico de toda Andalucía se concentran en esta franja litoral desde hace más de un decenio. Si se tiene en cuenta a los residentes extranjeros instalados de forma permanente (unos 15.000), es una población estable de 150.000 personas, más o menos, la que vive en la Costa del Sol en 1975, frente a 40.000 en 1950 y 50.000 en 1960. *En quince años, los efectivos se han triplicado* en unos momentos en que el resto de la provincia (excluida la capital) perdía regularmente habitantes.

Una potente ola de inmigración permite únicamente comprender este extraordinario empuje demográfico. En un cuarto de siglo, son unas 80 ó 90.000 personas las que se han instalado en esta costa, definida hasta entonces, desde principios de siglo, como foco de emigración modesta pero continua. El saldo mi-

(8) Jurdao Arrones, *F. España en venta*, Madrid, Ed. Ayuso, 1979, 313 págs.

gratorio aparente muestra valores positivos en todas partes superiores al 2% al año que, durante el período 1960-1970, ha podido alcanzar cifras récords de más del 5% al año. El fenómeno de la inmigración aparece de esta manera como un elemento privilegiado para comprender la nueva geografía regional engendrada por el desarrollo turístico. Permite igualmente delimitar el área de influencia de la Costa del Sol, así como revelar, a través de la demografía, las modificaciones desiguales que provoca en las «regiones» vecinas (cambio de sentido migratorio o, por el contrario, alivio demográfico, etc.).

2. *El área de influencia de la Costa del Sol.* El crecimiento turístico se limita estrechamente a la franja litoral para desaparecer completamente en el interior, que permanece esencialmente rural. Sin embargo, las comarcas interiores no han podido permanecer indiferentes a un fenómeno de tal amplitud y sufren indirectamente sus efectos. Con toda evidencia, es al drenar la mano de obra necesaria a su desarrollo como el turismo interviene, en primer lugar, sobre las zonas vecinas, transformadas en reservas de mano de obra. Los efectos que ha podido provocar en las actividades locales del interior no son, en definitiva, sino las consecuencias de este fenómeno fundamental. El área de influencia de la Costa del Sol —es decir, la nueva región que se dibuja en Andalucía mediterránea occidental— corresponde, pues, esencialmente a la «cuenca de mano de obra» que ella utiliza. De tal suerte, es al definir los flujos migratorios que convergen hacia el litoral balneario como se podrán apreciar los factores principales de la nueva organización regional.

a) *El área de reclutamiento de la Costa del Sol y las nuevas estructuras regionales (9)*

Se comprobará primeramente que *la influencia de la Costa del Sol es esencialmente andaluza*. Así, cerca de los 3/4 de los inmi-

(9) Los censos de habitantes indican el lugar en que cada persona fue empadronada en el momento del censo anterior, es decir el municipio donde ella vivía cinco años antes. Desgraciadamente estos datos desaparecen en los últimos censos: se ha vuelto imposible saber la procedencia de los inmigrantes después de 1970. Por eso, hemos examinado el único censo de 1970 para Estepona, Mijas, Torremolinos, Fuengirola y Churriana, lo que nos proporciona una muestra importante de 12.000 inmigrantes.

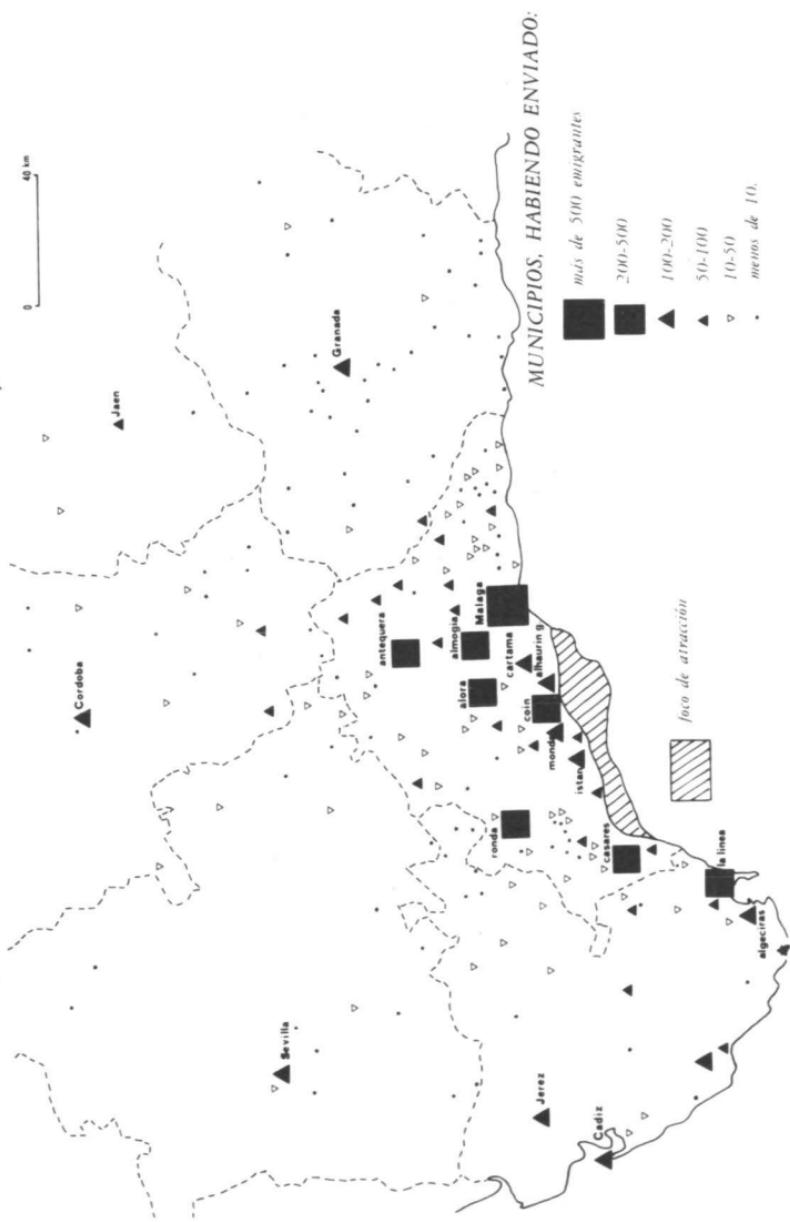
grantes provienen de las provincias andaluzas mientras que el resto de España proporciona apenas el 20% de la corriente migratoria. El fenómeno no puede sorprendernos si se considera que las necesidades más masivas corresponden a una mano de obra no cualificada (construcción, modesto empleo de los servicios) superabundante en la región.

En la propia Andalucía, la insuficiencia de la Costa del Sol se debilita muy rápidamente incluso antes de llegar a los límites de la región. Su poder se revela prácticamente nulo en las extremidades orientales y occidentales, en Huelva, donde se topa sin duda con la concurrencia de la industrialización, así como en Almería, donde está contrapesado por el desarrollo de la nueva agricultura y la atracción contraria del Levante. En definitiva, la influencia de la Costa del Sol se encuentra sobre todo limitada a la Andalucía central y a las provincias vecinas: si bien Cádiz es el único foco de reclutamiento masivo, fuera de la provincia de Málaga que suministra en total lo esencial de las necesidades (40% del flujo migratorio).

Un análisis más detallado —por municipios— permite distinguir *aureolas de desigual polarización* en el seno del área de influencia que acaba de ser definida a grandes trazos. La figura 14 representa la participación en *valor absoluto* de los diferentes municipios andaluces integrados en el flujo migratorio hacia la Costa del Sol. Se vuelven a encontrar aquí primeramente los límites externos del campo de atracción sensible del gran turismo malagueño: éstos no pasan, en el norte y en el oeste, del curso del Guadalquivir, es decir, de una línea Cádiz-Sevilla-Córdoba; penetran apenas en la provincia de Jaén y alcanzan difícilmente Granada. El área de atracción notable de la Costa del Sol se limita, pues, a un *semicírculo de unos 150 a 200 kilómetros de radio* que no integra sino las fracciones más próximas de las provincias limítrofes. En el interior del espacio así definido, la intensidad de esta atracción varía considerablemente permitiendo distinguir una zona de influencia periférica modestamente interesada y un foco de reclutamiento máximo.

La aureola externa no experimenta sino débilmente la atracción del litoral turístico. Más allá de las fronteras de la provincia de Málaga, la influencia de la Costa del Sol se diluye sobre vastas

FIG. 14. EL AREA DE ATRACCION REGIONAL DE LA COSTA
DEL SOL (número absoluto de migrantes definitivos 1965-1970)



extensiones, en el seno de las cuales se señalan únicamente tres zonas más netamente afectadas:

— Las campiñas del sur de la provincia de Córdoba.

— Los límites de la sierra en los confines orientales de las provincias de Cádiz y Sevilla donde, como en el caso precedente, la gran propiedad agrícola hoy mecanizada arroja sus excedentes de asalariados.

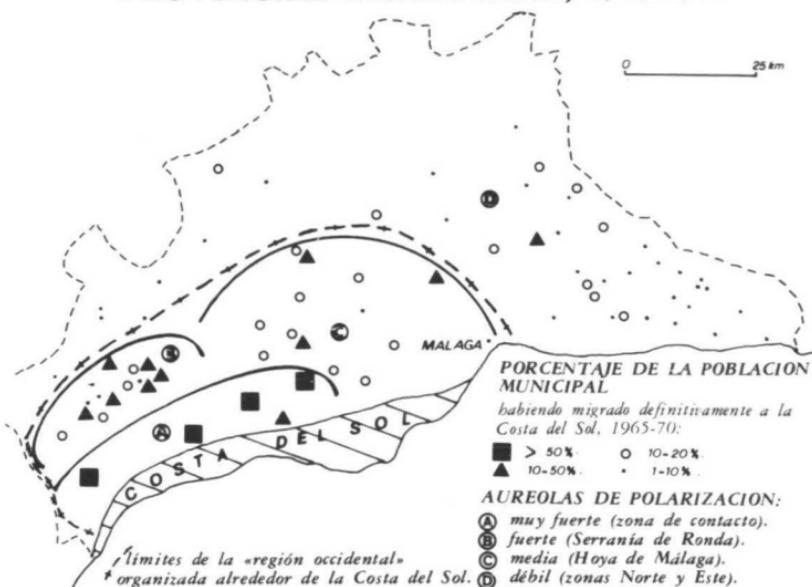
— El litoral gaditano, sobre todo, que encuentra así una salida para una población gravemente afectada por la crisis de la pesca tradicional (Véjer, Barbate) o por las dificultades del Campo de Gibraltar.

En el marco mismo de la provincia de Málaga, las zonas más alejadas de la Costa del Sol, más allá de una cincuentena de kilómetros, padecen una influencia más regular pero aún bastante modesta del litoral turístico. El viñedo de Vélez, al este, las llanuras cerealistas al norte, jalonadas por Ronda y Antequera, participan de las migraciones hacia la costa en la mayor parte de sus pueblos. Pero cada uno de ellos no envía sino muy escasos contingentes.

La figura 15, que no se aplica a los números absolutos de migrantes sino a su proporción en la población de su municipio de origen, confirma claramente el escaso papel atractivo de la Costa del Sol en estas comarcas. A pesar de los efectivos localmente importantes que ella ha podido captar, la Costa del Sol ha atraído en general a menos del 20% —menos del 10% las más de las veces— de los habitantes de las llanuras interiores y de los montes de Málaga y Vélez. Todos estos sectores están demasiado mediocremente polarizados para pertenecer realmente a la región que se organiza alrededor del foco turístico.

La zona interna que sufre profundamente la influencia de la Costa del Sol puede únicamente constituir el marco de una región verdadera, estructurada a partir del nuevo polo balneario. Las figuras 14 y 15 son ambas muy explícitas a este respecto. La primera define el corazón de la cuenca de mano de obra de la costa como un área relativamente estrecha, la proximidad inmediata del litoral turístico: no se extiende apenas más allá de la línea de las crestas de la Serranía de Ronda, se detiene muy rápidamente al este al borde de los Montes de Málaga. La segunda revela la importancia primordial de las migraciones hacia

FIG. 15. LA INFLUENCIA MIGRATORIA DE LA COSTA DEL SOL SOBRE LA POBLACION PROVINCIAL MÁLAGUEÑA, 1965-1970



la costa, en el interior de este conjunto: en la Hoya, la franja de las laderas que discurre por detrás de la Costa del Sol, así como en la Serranía de Ronda, la mayoría de los pueblos han enviado más del 20% de su población —más del 50% a veces— hacia la Costa del Sol.

En resumen, si bien el campo de influencia del foco turístico puede extenderse a lo largo de un radio de aproximadamente 200 kilómetros, asombra la relativa exigüidad de su área de atracción intensa que excluye toda la parte septentrional y oriental de la provincia de Málaga. La nueva región periturística queda limitada a los extremos de la mitad occidental de la provincia.

b) *La estructura interna de la zona interior de la Costa del Sol* merece finalmente ser precisada si se quiere apreciar después, de manera más completa y matizada, la naturaleza de la influencia turística. Nos limitaremos aquí a exponer los elementos característicos que permiten aislar los diferentes modos de relación entre el litoral y el interior, distinguiendo finalmente dos tipos de comarcas que reciben desigualmente la influencia costera. En toda lógica, la proximidad interviene en forma decisiva.

La zona interior próxima de la Costa del Sol puede definirse en el interior de la isócrona de una hora a partir del foco balneario. Comprende los primeros contrafuertes de la Serranía de Ronda, desde Istán, sobre todo, hasta Ojén y Monda, así como la Hoya de Málaga —incluyendo la capital— donde se señalan más particularmente las tierras del pie de monte de Alhaurín-Coín.

El conjunto de este sector se individualiza primeramente por la intensidad preponderante de las *migraciones pendulares* hacia la costa. Debido a la diversidad de los medios de transporte utilizados (autobuses regulares, pero también servicios de recogida privados de las empresas de construcción, vehículos particulares en gran número), así como por las fuertes variaciones estacionales o coyunturales, es imposible descifrar este movimiento con exactitud. Es, en todo caso, considerable: se lo ha podido estimar en 20.000 personas en proveniencia de Málaga, y en más de 10.000 salidas de los campos (10).

Las otras características de estas zonas —se excluirá Málaga, que presenta problemas específicamente urbanos— son resultado en el fondo de este fenómeno mayor. Se retendrá de ellas dos que serán desarrolladas más adelante: *el cese de la despoblación* cambiada gracias a estas migraciones alternantes en estabilidad demográfica y la multiplicación de las *explotaciones agrícolas a tiempo parcial* que tienden a constituir la característica original de estas tierras.

La región interior profunda se identifica con la Serranía de Ronda y sobre todo con las comarcas del Genal (estudiadas anteriormente) que constituyen el corazón de la misma. Las migraciones diarias prohibidas por el alejamiento y por la dificultad de las relaciones rurbanas dejan sitio aquí a intensos *movimientos estacionales*, es decir, a una verdadera emigración temporal.

La demografía no repercute de manera sensible en una influencia positiva del litoral. Este último tiende, por el contrario, a atraer a los Serranos sin frenar la hemorragia humana, *la despoblación* no está frenada en absoluto.

Una nueva región se constituye indiscutiblemente alrededor

(10) P. C. D. C. *Esquema de planificación del desarrollo de la Costa del Sol occidental* (t. I, pág. 19), Málaga, 1974.

de la Costa del Sol. Queda sin embargo por ver la solidez del edificio así creado por la potencia del desarrollo balneario.

B) LA ZONA INTERIOR PROXIMA: LA HOYA DE MÁLAGA

Es ésta una de las más bellas depresiones agrícolas de la Andalucía mediterránea que, por añadidura, se ha beneficiado desde hace 20 años de un importante esfuerzo de modernización. Los resultados de la confrontación directa entre las tentativas de progreso agrícola y las influencias de desarrollo turístico vecino pueden ser observadas aquí y servir de elementos esenciales para juzgar el efecto regional del desarrollo balneario.

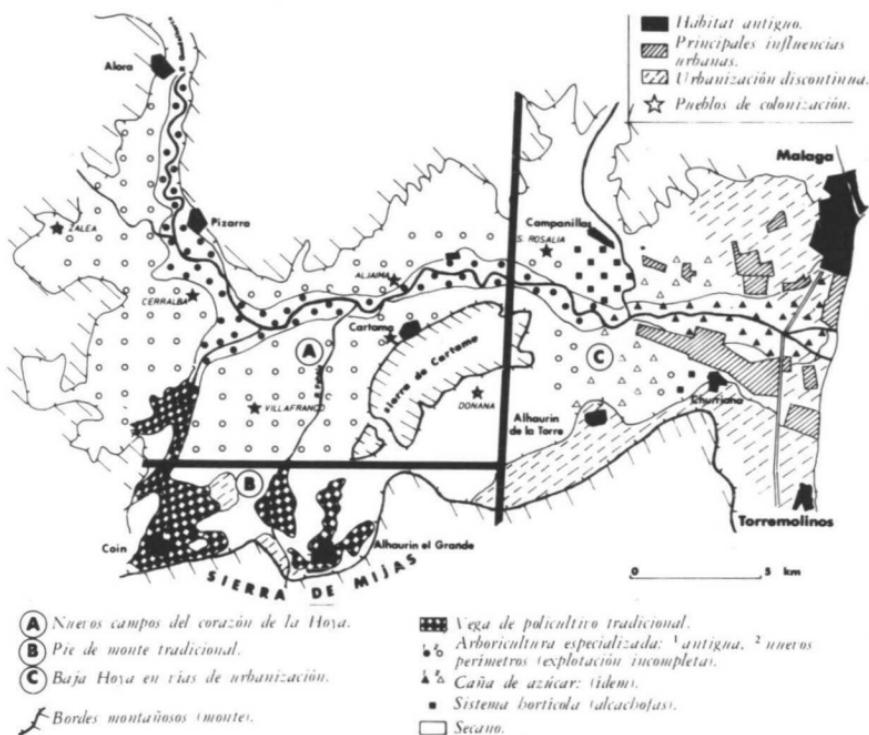
1. Las transformaciones recientes de la Hoya

En un cuarto de siglo, es un verdadero trastorno el que ha conocido la vida rural de la Hoya de Málaga.

La situación tradicional podía definirse según un esquema relativamente simple, yuxtaponiendo dos unidades económicas y sociales bien distintas.

El corazón de la depresión, tabicado en dos subconjuntos por la barrera transversal que constituye la pequeña Sierra de Cártama (figura 16), ofrecía a pesar de todo un semblante bastante homogéneo: el de colinas margosas con suelos profundos y fértiles, esencialmente consagradas a la cerealicultura de secano y al olivo (el sistema trigo-olivar monopolizaba el 71,5% de las superficies cultivadas en Cártama, en 1945); una estructura fundiaria marcada por la presencia de grandes dominios nobiliarios, con frecuencia superiores a 1.000 Ha —ellos ocupaban el 20% del suelo en Cártama, el 40% en Pizarra— (ver primera parte, capítulo III), yuxtapuestos a un pequeño campesinado pueblerino cuyo peso permanecía secundario en la economía local. Sólo algunas variantes aquí o allí aportaban matices a este cuadro: el papel más importante del regadío a lo largo del Guadalhorce hacia aparecer los huertos de naranjos hacia arriba, alrededor de Alora, las hortalizas (vega de Churriana) o la caña de azúcar en la Baja Hoya. El conjunto seguía dominado por el doble fenómeno de un sistema agrícola de cultivo de secano

FIG. 16. LA HOYA DE MÁLAGA



- (A) Nuevos campos del corazón de la Hoya.
- (B) Pie de monte tradicional.
- (C) Baja Hoya en ríos de urbanización.
- Bordes montañosos (monte).

- Vega de policultivo tradicional.
- Arboricultura especializada: ¹ antigua, ² nuevos perímetros (explotación incompleta).
- ▲ Caña de azúcar: (idem).
- Sistema hortícola (alcazofas).
- Secano.

moderadamente intensivo y del papel de la gran propiedad, poco habitual, en nuestras regiones.

El pie de monte meridional de la Hoya que, de Alhaurín de la Torre hasta Coín, franjea el descenso de la Sierra de Mijas podía pasar, en relación con el centro de la depresión, por un verdadero Jauja. Sus características esenciales lo direncian muy netamente. La abundancia de las fuentes que brotan de la montaña alimentaba aquí opulentas vegas, base de una auténtica prosperidad agrícola: la vida rural reposaba esencialmente en el riego. Los grandes pueblos instalados en contacto con la sierra abrigaban también a una población incomparablemente superior a la del centro de la cuenca, compuesta de un pequeño campesinado notablemente homogéneo que, desde la Reconquista, había sabido resistir eficazmente las tentativas de los grandes propietarios de los territorios vecinos. La fórmula agrícola era la del pequeño policultivo regado intensivo incluyendo frutas y

hortalizas en una mezcla de sorprendente profusión. La proximidad de Málaga había, por otra parte, solicitado muy pronto la apertura del sistema: uvas, naranjas, frutos templados, hortalizas diversas eran desde el siglo XVIII enviadas hacia la capital incluso exportadas. Así, a escala de la Hoya, el pie de monte era sin discusión el mejor sector agrícola, el foco privilegiado de una vida rural más rica, de una sociedad más equilibrada que en el centro de la depresión. Pero la evolución rápida de los últimos decenios iba a enturbiar la simplicidad del esquema, redistribuir los triunfos y finalmente invertir la jerarquía tradicional.

a) El Plan de Guadalhorce y las transformaciones agrícolas

Los grandes trabajos hidráulicos emprendidos en el río Guadalhorce han sido descrito más arriba (2.^a parte, Capítulo V). Será suficiente, pues, con recordar aquí los principales efectos actualmente sensibles en la Hoya.

Los progresos del riego han beneficiado esencialmente al corazón de la Hoya, ignorando por el contrario las zonas del pie de monte. El trazado de los canales dibuja, en efecto, un nuevo perímetro que se limita a las tierras bajas del centro de la depresión y muerde apenas las pendientes inferiores del glacis meridional (figura 9). Las perspectivas de riego por el rechazo de las aguas en la parte alta de los canales no parece que deberán modificar sensiblemente la situación y no se han realizado en todo caso hasta el momento.

El riego ha trastornado de esta manera desde hace poco, el semblante de la agricultura tradicional del corazón de la Hoya: el territorio regado se ha extendido a lo largo de superficies dos a tres veces más vastas que antaño, en los años 50; al mismo tiempo permanecía prácticamente estable en las vegas de pie de monte. Así, el municipio de Cártama, por otra parte ventajosamente dotado de una vega tradicional a lo largo del Guadalhorce, ha visto progresar sus tierras regadas, de 961 ha. en 1945, a 1.650 ha. en 1970, y a más de 2.000 ha. hoy, mientras que las posibilidades de ampliación próximas permanecen aún considerables. Por el contrario, el municipio de Coín, el más representativo del pie de monte, no registraba sino un escaso desarrollo del riego, del orden del 10% más o menos, debido

sobre todo al aprovechamiento de las partes bajas del municipio integradas en los nuevos perímetros de colonización.

La llegada del agua sobre las colinas margosas dispuestas en bancales de la zona central de la cuenca ha provocado una intensificación rápida de la vieja fórmula óleo-cerealista. La reducción brutal de las superficies en cultivos de secano es el signo más espectacular de ello. Estos no cubren ya en 1970 sino el 1/3 de su extensión de 1950. Bases de la economía tradicional, los cereales se han visto los más duramente afectados: de 4.200 Ha. a 450 han perdido en Cártama los 9/10 de su territorio entre 1945 y 1970.

El sistema del corazón de la Hoya se funda esencialmente desde ahora en las nuevas especulaciones regadas cuyo desarrollo ha sido notable. Esta «revolución» se ha realizado en beneficio de los cultivos preexistentes, pero accesorios hasta entonces, que tienden progresivamente a dominar la economía agrícola de toda esta parte de la Hoya. Se citará, por orden creciente de importancia, a las hortalizas, la caña de azúcar y la arboricultura frutal.

Las dos primeras producciones marcan sobre todo el sistema de la Baja Hoya, descendiendo de la Sierra de Cártama.

Fuera de los progresos localizados de los cultivos hortícolas clásicos de esta región (patata, ajo, cebolla, col, etc.), la gran novedad resulta del desarrollo de una producción poco extendida hasta entonces, la de la alcachofa: 160 Ha., en 1958; 450, en 1965; 1.000, hoy, sobre todo concentrada en las vegas de Churriana y Campanillas. Su éxito reside esencialmente en las ventajas comerciales que le proporciona su precocidad: aparece en el mercado desde el otoño (fin de octubre-principios de noviembre), bastante antes del grueso de las producciones concurrentes.

La caña de azúcar tiende sin embargo a imponerse como el cultivo-clave de la Baja Hoya, estrictamente limitada a este sector por el riesgo de las heladas que la prohíben en las zonas más interiores, una vez superada la pantalla eficaz de la Sierra de Cártama. Su desarrollo, mucho más tardío que en otras partes, en Vélez o Motril, se explica por sus exigencias hídricas elevadas que, hasta los grandes trabajos recientes de puesta en riego, la reducían únicamente a las vegas tradicionales, a lo largo del

Guadalhorce, o alrededor de los pozos diseminados en el delta. En el fondo, fuera de algunos períodos de entusiasmo efímero en la segunda mitad del siglo XIX, o en los principios del siglo XX, la caña no disfrutaba aquí sino de un papel limitado hasta 1960: 250 Ha en 1950, 1.400 Ha en 1970, que los proyectos de colonización contemplaban extender a más de 3.500 Ha una vez se terminasen los trabajos. En las tierras antiguamente regadas, las especulaciones esenciales del período anterior han sido eliminadas por ese desarrollo repentino: la remolacha azucarera, sobre todo, pero también el tabaco e incluso algunas raras plantaciones de algodón han desaparecido hoy.

Pero en conjunto, sobre toda la Hoya interior, y en largos regueros a lo largo del Guadalhorce hasta la Baja Hoya, es la arboricultura frutal la que, en primer lugar, se ha beneficiado de los progresos del riego hasta conferir su totalidad dominante a la nueva agricultura. La progresión de los huertos de agrios —naranjales sobre todo— ha sido, con mucho, la más espectacular. Las plantaciones de naranjos no representan en absoluto una novedad, sin embargo: desarrolladas desde principios de siglo, cubren ya unas 2.000 Ha en 1950, a lo largo del río, en la zona hacia arriba de la Hoya, alrededor de Alora y Pizarra. Tal vez favorecida por una costumbre cultural ya antigua, su superficie se ha duplicado en el curso de los últimos veinte años, alcanzando más de 5.000 Ha en 1970 (6.000 Ha para el conjunto de la Hoya, si se tienen en cuenta los huertos de la zona del pie de monte). Pues bien, el proceso de plantación está todavía sin terminar: los técnicos agrícolas contemplaban, hace poco, su extensión hasta un máximo de 10.000 Ha que haría de la cuenca de Málaga un importante foco citrícola. Exclusivos sobre las tierras bajas de las cintas aluviales, los huertos de naranjos ceden, por el contrario, una parte de las zonas de colinas nuevamente regadas a otras producciones frutales «templadas»: melocotoneros y perales no ocupaban sin embargo más que 650 Ha en 1970.

La intensificación espectacular de los sistemas agrícolas del centro de la Hoya, repentinamente pasados de la cerealicultura seca a la economía de rica vega, no resume en absoluto todas las transformaciones. *El remodelado de la sociedad agraria*, consecutivo a las intervenciones del I.N.C., constituye un elemento de pro-

greso no menos considerable. Un poco más de 3.300 Ha han cambiado así de manos, consagrando el desvanecimiento —si no la desaparición completa— de la gran propiedad y la promoción del campesinado. Unas 600 familias de jornaleros o de aparceros han sido dotadas de explotaciones de 3 a 5 Ha y varias centenas de pequeños propietarios han podido redondear su tenencia con la adquisición de parcelas complementarias.

El simple paso del secano al regadío por otra parte, ha incrementado singularmente las posibilidades económicas del conjunto de los agricultores donde muchos, pobres microfundistas en el marco del viejo sistema cerealista, acceden, por el solo hecho del riego, al rango de campesinos. A las estructuras tradicionales que oponían grandes dominios y microfundios sucede pues un régimen fundiario mucho más equilibrado que asegura la llegada de un campesinado que, en el marco de nuestra región, estaríamos tentados de calificar como de «medio». Esta promoción, específica de las zonas afectadas por los grandes trabajos recientes, no ha podido afectar, por el contrario, a los municipios de pie de monte donde el parcelamiento extremo de las viejas vegas ha permanecido inalterado. El cuadro que figura a continuación permite medir el carácter nuevo de la oposición que separa las sociedades agrarias de la Hoya central y de las zonas de pie de monte:

Clasificación de las propiedades según su valor fundiario (1970)

	(%)	PIE DE MONTE		CENTRO DE LA HOYA	
		Albaurín el Grande	Cártama	Pizarra	
Pequeña propiedad	núm.	90	60	53	
(Base imponible < 15.000 ptas.)	sup.	64	38	27	
Mediana propiedad	núm.	9,6	37	42	
(B.I. = 15 — 100.000 ptas.) ..	sup.	33	49	41	
Gran propiedad	núm.	0,4	3	5	
(B. I. > 100.000 ptas)	sup.	3	13	32	

En Alhaurín, la preponderancia de la propiedad muy pequeña permanece, pues, aplastante, mientras que en el centro de la depresión, tanto en Cártama como en Pizarra, la emergencia de una categoría de agricultores medios reduce sensiblemente la parte de las grandes propiedades así como la de los microfundistas: la mayoría del espacio, ya les pertenece.

Las transformaciones recientes de la agricultura han favorecido por lo tanto, de manera exclusiva a la economía y a la sociedad agraria del corazón de la Hoya. La jerarquía tradicional que privilegiaba netamente hasta entonces los sistemas de pequeño cultivo intensivo del pie de monte se encuentra trastornada. Es éste, indiscutiblemente, uno de los fenómenos importantes de los últimos decenios, que lleva a una verdadera inversión de las relaciones entre los diversos elementos de la cuenca: el dinamismo pertenece desde ahora a la agricultura modernizada de los territorios del centro de la Hoya, la cristalización de las fórmulas del pie de monte señala, por el contrario, un evidente estancamiento, un retraso cada vez mayor de las viejas vegas.

Pese a la importancia considerable de este cambio de situación, la simplicidad del esquema geográfico no se vería apenas afectada si un segundo factor de transformación no viniera a complicarla actuando indiferentemente sobre las zonas bajas y sobre las del pie de monte. Se trata de la influencia poderosa de la urbanización reciente del litoral.

b) Las influencias urbanas en la Hoya

Las influencias urbanas fuertemente sentidas en la Hoya desde los años 60 provienen a la vez de Málaga y, sobre todo, de las ciudades turísticas de la Costa del Sol, entre Torremolinos y Fuengirola. Ellas revisten formas variadas pero de importancia desigual.

El desarrollo de las actividades industriales, si bien modesto, es sensible en varios sectores de la Hoya. Se señalará de entrada la instalación de pequeñas fábricas o talleres en varias poblaciones rurales: en Cártama, en Coín, en Alhaurín el Grande (géneros de punto), en Alhaurín de la Torre, sobre todo (confección, material fotográfico, carne). El conjunto no representa de hecho, sino algunos centenares de empleos, sobre todo femeninos. El

papel de la industria no interviene de manera notable, sino a las puertas de Málaga. La localización de las zonas industriales bien en los límites del litoral, bien al este de Campanillas (figura 16) tiende a conquistar una parte importante de la Baja Hoya y proporciona posibilidades de trabajo a los habitantes de las localidades más próximas.

El desarrollo de las zonas residenciales o de los espacios con vocación turística obedece a reglas bastante comparables. Las urbanizaciones —chalés de fin de semana de los malagueños acomodados, residencias más o menos permantes de extranjeros— aparecen cerca de numerosos pueblos, en Cártama, Alhaurín el Grande, Coín pero sobre todo en la proximidad del litoral: las colinas que bordean el territorio de Alhaurín de la Torre se ven así literalmente colonizadas por las urbanizaciones. Igualmente, los grandes equipamientos colectivos —aeropuerto, golf— se fijan únicamente en los espacios planos de la Baja Hoya donde, como las zonas industriales, absorben una parte creciente del territorio agrícola.

Las migraciones de trabajo representan, no obstante, un fenómeno de otra amplitud que hacen de la Hoya uno de los elementos esenciales de la cuenca de mano de obra del litoral. Es éste el resultado mayor de la influencia urbana de Málaga (empleos femeninos sobre todo en los servicios y algunos empleos industriales masculinos) pero, aún más, de la atracción de la costa turística que, de manera más o menos estacional, recluta así al personal necesario para las empresas de construcción. Estos movimientos cotidianos afectan a varios millares de personas y marcan, pues, profundamente la vida actual y la economía de la mayor parte de los municipios de la Hoya, para debilitarse solamente a nivel de las poblaciones más alejadas en dirección hacia arriba, en Pizarra, Alora. Se ha podido estimar que un efectivo de 10 a 15.000 trabajadores podría así participar más o menos regularmente en estos desplazamientos hacia la costa (10) de una población total que, en la Hoya, se eleva a unas 80.000 personas. Una proporción considerable de las familias rurales está, pues, directamente afectada de este modo por la urbanización turística de la Costa del Sol. Los resultados de la influencia urbana sobre estas tierras fundamentalmente agrícolas son globalmente difíciles de estimar.

La propia naturaleza de las consecuencias —positivas o negativas— de tal fenómeno es problemática. Ellas son aparentemente beneficiosas si se considera la evolución demográfica y la transformación de las estructuras profesionales de los pueblos afectados. La población de la Hoya, tras haber conocido un lento pero regular aumento a lo largo de la primera mitad del siglo, ha acusado la ruptura general de los años 1950-1960: el crecimiento se ha detenido, incluso se ha invertido ligeramente a veces; mientras que la emigración se tornaba en todas partes más notable. Desde entonces, a partir de 1965, sobre todo, el movimiento de baja ha permanecido prácticamente parado: en la mayoría de los municipios, con la excepción de los situados en el extremo hacia arriba, la población se ha estabilizado o incluso aumenta ligeramente. El mérito recae esencialmente en las migraciones cotidianas hacia los empleos urbanos de la costa que han permitido a las categorías más desfavorecidas de la población evitar así un éxodo lejano: las ciudades litorales parecen, pues, haber representado con fortuna su papel de sostén de los campos vecinos superpoblados.

A la inversa, el fenómeno urbano ha podido entrañar efectos netamente limitativos. Se notará de entrada que las migraciones pendulares no se han limitado únicamente a las categorías de trabajadores agrícolas excedentarios, sino que se han generalizado también más o menos masivamente a los pequeños explotantes. El crecimiento rápido de la agricultura a tiempo parcial reviste aquí una significación muy diferente de la que se le presta en las comarcas de vertientes: señala un cierto desplazamiento de las actividades agrícolas en beneficio de una atracción urbana a veces excesiva. El perjuicio es sensible aquí, en estas «buenas comarcas» donde la evolución de los sistemas agrícolas no ha estado siempre a la altura de las promesas excepcionales que ofrece la calidad del medio. Se comprueba frecuentemente un cierto desinterés, una falta de dinamismo que es preciso atribuir a la concurrencia de las rentas ofrecidas por las actividades urbanas. Es éste un tema sobre el cual deberemos volver.

La progresión rápida de la urbanización, por otra parte, ha conquistado vastos espacios y sustraído tierras fértiles a la agricultura a la que, en el conjunto de nuestras regiones, tan cruelmente le faltan. En realidad, el perjuicio está en este caso bien

localizado en las zonas de la Baja Hoya que han sido las únicas gravemente afectadas por la influencia urbana.

Esta última observación resume el problema esencial de la Hoya: las influencias urbanas ¿sostienen los progresos agrícolas frecuentemente emprendidos con grandes gastos o bien tienden por el contrario a contrarrestarlos? Ella determina al mismo tiempo la necesidad de matizar las respuestas en función de las zonas consideradas. Está claro que los efectos de la urbanización litoral varían sensiblemente en función de la proximidad de los centros de atracción. La Baja Hoya —pie de monte y llanura confundidos— sufre muy profundamente una influencia urbana que se manifiesta aquí en todas sus formas hasta modificar los destinos agrícolas de la totalidad de la zona: ésta aparece cada vez más como un sector en vías de urbanización. La parte más hacia arriba, situada más allá de la Sierra de Cártama, siente aún fuertemente la atracción litoral, sin sufrir, sin embargo, transformaciones exteriores muy sensibles: permanece esencialmente rural.

Así las transformaciones consecutivas a la urbanización costera vienen a perturbar el esquema que permitía oponer simplemente la llanura y el pie de monte. Ellas se superponen aquí, lo reclasifican imponiendo una nueva distinción entre zonas hacia arriba y Baja Hoya. Las consecuencias acumuladas de los grandes trabajos agrícolas y de la influencia litoral imponen pues una nueva clasificación geográfica, más compleja. Tres unidades se aíslan desde ahora: el corazón hacia arriba de la depresión, profundamente marcada por la «colonización» agrícola, el pie de monte de aspecto tradicional en los municipios de Alhaurín el Grande y Coín y la Baja Hoya convertida en zona periurbana (figura 16).

2. El corazón de la Hoya: ¿un éxito agrícola desperdiaciado?

a) *Los nuevos campos* del centro de la depresión presentan el aspecto de un medio rural en plena evolución.

La reducción del subempleo y la mejora de las estructuras de explotación representa, en efecto, una componente esencial de la modernización del medio rural tradicional. El aligeramiento

de una sociedad agrícola excedentaria aparece claramente en el examen de las transformaciones registradas recientemente por los horizontes de trabajo locales. En veinte años, el peso excesivo de las actividades agrícolas se ha aligerado considerablemente: mientras en 1950 ocupaban al 95% de los activos en Pizarra y al 91% en Cártama, no utiliza ya respectivamente sino al 66% y al 47% de los trabajadores.

En el caso de Cártama se constatará a la vez que la evolución ha sido sobre todo sensible en el curso del último decenio y que ella resulta fundamentalmente del crecimiento rápido de los empleos secundarios, en el seno de los cuales la construcción juega un papel aplastante. El desarrollo del empleo industrial ha sido considerable gracias a la práctica de las migraciones cotidianas. El trabajo en los talleres de Cártama (aderezos, de aceitunas, matadero de aves) y sobre todo en las fábricas de Málaga (establecimiento textil Intelhorce, Ammoniac S.A. y más aún innumerables fábricas de ladrillos jalando la carretera de la capital) atraen a un centenar de obreros. Pero los oficios de la construcción dominan ampliamente: ellos movilizan a 950 hombres, tanto contratados directamente en las canteras de la Costa del Sol, como utilizados por las empresas de Málaga que, por otra parte, trabajan esencialmente también en la costa turística. Los 9/10 de estos obreros de la construcción ocupan puestos de mano de obra sin cualificar. La mayoría de ellos son antiguos obreros agrícolas, muchos microfundistas que, gracias a horarios adaptados (de cinco a catorce horas en verano) pueden sin dificultad continuar explotando su tenencia.

La penetración de las influencias urbanas hasta el corazón de la Hoya ha permitido reducir en lo esencial las dificultades crónicas del subempleo agrícola. Representa éste, sin ninguna duda, un progreso decisivo que permite hoy a las actividades agrarias concentrarse sobre los elementos menos frágiles de la sociedad rural.

El saneamiento de las estructuras de explotación es a la vez la consecuencia de este aligeramiento y el resultado de la empresa de colonización. Se han señalado más arriba las transformaciones intervenidas a nivel de la propiedad fundiaria. La evolución del marco de las explotaciones es más significativa aún, como consecuencia de los progresos del régimen de tenencia asociado que ha permitido a un gran número de tenencias redondearse con parcelas complementarias, frecuentemente ofrecidas por el I.N.C. bajo regímenes diversos. Acorde con los datos proporcionados por la Hermandad de Labradores, el municipio de Cártama ofrecía en 1970 la imagen de una sociedad agrícola de campesinado medio, equilibrada: menos del 10% de las explotaciones desde ahora son consideradas como microfundistas, el 89% de los agricultores pertenecen al campesinado medio.

Por otra parte, las características del nuevo sistema de cultivo surgido de las grandes obras de riego permiten definirlo como una fórmula relativamente moderna si se la compara con los fines y los métodos de la vieja agricultura de las vegas de pie de monte.

Se trata primeramente de un sistema mucho más *totalmente especializado* que instaura una economía estrechamente especulativa. A la diversidad de las producciones de las vegas tradicionales donde la parte de cultivos destinados a la alimentación subsiste, se opone aquí la simplicidad de una arboricultura casi monocultural donde los huertos de agrios reinan verdaderamente: éstos ocupan los 3/4 de las superficies regadas en Cártama, los 4/5 en Pizarra, repartiéndose naranjales y limoneros el terreno en partes equivalentes.

La estrecha especialización de las nuevas fórmulas les confiere sin duda una cierta fragilidad económica, sobre todo en el caso de los cítricos amenazados sin cesar por el atasco de los mercados de exportación. Por el contrario, ella permite una eficacia técnica que falta gravemente a los viejos sistemas de vegas. Es éste un rasgo de auténtico modernismo. Los métodos de cultivo testimonian en efecto un esfuerzo evidente por mejorar la productividad. Las formas culturales obedecen a principios indiscutiblemente más racionales que los de las plantaciones tradicionales. Las aportaciones de abonos son importantes y alcanzan como media 2 a 2,5 toneladas/Ha, es decir, un volumen conforme

con los objetivos definidos por los agrónomos. Las labores son también mucho más cuidadas que antaño: más profundas, repetidas con más frecuencia favorecen una mejor aireación del suelo que permite a continuación una cierta economía del riego. Los rendimientos son, en consecuencia, bastante honorables: 15 toneladas de naranjas/Ha, como media, para un huerto en plena producción.

Las tentativas que tratan de reducir los tiempos de trabajo son, de hecho, mucho más significativas de la modernización del sistema. La racionalización de las técnicas de plantaciones, primeramente, revelan en el paisaje diferencias fundamentales en relación con los viejos huertos tupidos, heterogéneos de Coín o Alhaurín. La mezcla de árboles, así como los cultivos en el suelo han desaparecido. Las plantaciones, desde ahora uniformes, organizadas en líneas geométricas, son no obstante más densas que en el caso de los huertos en desorden de las vegas tradicionales: mientras que estas últimas no contaban apenas sino con 50 a 60 árboles por Ha, aquéllas despreocupadas del cuidado de sombrear demasiado los cultivos en el suelo, han reducido el espacio al marco de 6m/6, que permite alcanzar una densidad media de 150 a 200 pies/Ha. El porte de los árboles, finalmente, es muy diferente: a las enormes frondosidades de magníficos naranjales de la tradición, han sucedido árboles bajos que facilitan grandemente las labores.

La mecanización difícil en los viejos huertos, se ha visto favorecida con ello. Desconocidos en las antiguas vegas, los tractores han hecho aquí su aparición a partir de 1960. Diez años más tarde, Cártama contaba ya con 90 máquinas a las cuales conviene añadir unos 60 motocultores. Se llega así a tasas de motorización honorables, de una máquina por cada 40 Ha, e incluso de una por cada 20 Ha si se tiene en cuenta que la mayor parte de la energía se gasta en las tierras de regadío (se ha considerado para este cálculo que un motocultor equivale a 1/3 de tractor). Los nuevos sistemas pueden así realizar preciosas economías de mano de obra. La carga en hombres se encuentra disminuida dos a cuatro veces en relación con las fórmulas de las viejas vegas: 0,5 UTH/Ha en Cártama contra 1 a 2 UTH/Ha en Alhaurín o Coín.

Los tipos de explotación están, en conjunto, bastante poco

diferenciados. Las pequeñas tenencias campesinas destinadas a la citricultura dominan hoy muy extensamente. Ellas disponen en su gran mayoría de una superficie comprendida entre 3 y 6 Ha de regadío. De hecho, más que por su extensión relativamente constante, ellas se distinguen sobre todo por sus orígenes y los matices que diferencian su orientación actual. Aislaremos, pues, el caso de las explotaciones pueblerinas del de las tenencias llevadas por los colonos del I.N.C. (IRYDA actual).

Las explotaciones pueblerinas son las viejas tenencias campesinas respetadas por el I.N.C. como «tierras de reserva». La residencia del propietario no ha variado: se sitúa en el pueblo, como antaño. Estas explotaciones, ligeramente agrandadas con frecuencia por la adición de alguna parcela cedida por el I.N.C., se señalan por dos rasgos característicos: son las más intensamente especializadas, casi siempre íntegramente en la producción de agrios; son también muy frecuentemente las mejor cuidadas, las más avanzadas en la práctica de los métodos modernos (abonos, mecanizaciones, etc...).

Las explotaciones de colonización, creadas completamente por el I.N.C. y confiadas a colonos, presentan un aspecto un tanto diferente. Centradas en los nuevos pueblos de colonización, se sitúan lejos de los terrenos ocupados por la agricultura pueblerina: mientras que esta última monopoliza los sectores antigüamente regados de la periferia de las poblaciones y sobre todo de las zonas aluviales que bordean los ríos, las tierras de colonización ocupan más bien las capas margosas antaño destinadas a la cerealicultura seca.

Las tenencias de colonos cuya dimensión es bastante comparable a la de la explotación pueblerina —5 Ha como media— se distinguen de ellas por el contexto en el que evolucionan. En efecto, ellas sufren, por razón de su régimen, de limitaciones que ignoran los antiguos campesinos: necesidades de reembolso del coste del suelo y de la vivienda que gravan pesadamente el presupuesto; encuadramiento técnico y económico dictado por el I.N.C. —en el principio al menos— que pesa de forma decisiva sobre la orientación ulterior del sistema. Finalmente, la fórmula de las explotaciones de colonización se encuentra marcada por dos rasgos originales:

- una especialización sensiblemente menos acusada que en

el marco de la agricultura pueblerina, pese a que la arboricultura es todavía preponderante,

— métodos de cultivo menos modernos, menos cuidados, sin duda en razón de las menores posibilidades financieras del colono así como de su menor competencia técnica: antiguo asalariado o aparcero de los dominios de secano, no se beneficia de la misma práctica que los campesinos dedicados desde hace mucho tiempo al cultivo de regadío.

La explotación tipo de 5 Ha., se dedica a una larga gama de producciones, a *un policultivo orientado en tres direcciones principales:*

— la arboricultura regada constituye la base del sistema. Los agrios y sobre todo los árboles frutales templados ocupan en conjunto la mitad de la superficie.

— las hortalizas, incluso los cultivos industriales, movilizan una parte notable del resto, de 1 a 1,5 Ha. La alcachofa se beneficia de una neta preferencia, pero otras hortalizas (patatas, cebollas, etcétera...), incluso habas o remolacha azucarera, pueden ocupar un lugar notable.

— Las producciones forrajeras —maíz, alfalfa, bersím— ocupan 1 ó 2 Ha y sostienen esencialmente la cría de una o dos vacas lecheras y de dos cerdas, alimentadas por otra parte con subproductos eventuales de la remolacha y de las hortalizas. Este reducido ganado proporciona también una pequeña producción de leche y algunos flacos terneros vendidos a los dos meses para su engorde, lo mismo que una aportación apreciable de estiércol que permite reducir la compra de abonos. La fórmula se sitúa pues a mitad de camino entre el policultivo tradicional y el sistema citrícola especializado.

La explotación reposa, por otra parte, sobre el trabajo familiar y *formas mediocrement mecanizadas*. El abanico de cultivos ha sido concebido de hecho, para que cada producción, extendida sobre muy pequeñas superficies, pueda satisfacerse únicamente a base de mano de obra familiar: el calendario agrícola aspira a adaptarse a las posibilidades del colono y a evitar todo recurso, de no ser excepcional a los asalariados. Finalmente, fuera de algunos grandes trabajos —labores profundas sobre todo— que imponen la utilización del tractor suministrado por una organización cooperativa, las labores permanecen siendo esencial-

mente manuales. La explotación está desprovista de máquinas, dotada solamente del material elemental y de una mula. Los colonos pueden, a su cargo, adquirir un motocultor: estos aparatos están, sin embargo, poco extendidos y son mucho menos frecuentes, sobre todo que en las explotaciones pueblerinas.

En resumen se saca de tal sistema una curiosa impresión, la de un modernismo reflejado por su orientación totalmente comercial pero teñido de elementos de arcaísmos tales como la insuficiencia del material o la dispersión de los fines culturales. ¿«Policultivo-seguro», preocupado por reducir los riesgos que comportan mercados inestables, proyecto de utilizar también una importante mano de obra familiar sobre débiles superficies? Las dos explicaciones, sin duda, no se excluyen. Los resultados, en un año medio, parecen a pesar de todo sensiblemente inferiores a los que obtienen las explotaciones pueblerinas de dimensión equivalente. Las cargas particulares que gravan al colono —los pagos de reembolso al IRYDA— afectan a los beneficios que, a fin de cuentas, se revelan bastante modestos.

La explotación campesina y la uniformidad de la especialización citrícola permanecen, a pesar de la aparición de algunas explotaciones burguesas y especulativas, los rasgos fundamentales de la agricultura de los nuevos territorios regados en el corazón de la Hoya. En relación con la situación anterior, el progreso es indiscutible, incluso espectacular. Sin embargo, en el contexto difícil de la economía moderna, a las puertas de una zona en curso de urbanización acelerada, ¿es ello suficiente? Los resultados, en general, son bastante medios y parecen incluso degradarse progresivamente.

b) El malestar: ¿progresos insuficientes?

La agricultura actual del corazón de la Hoya continúa, sin duda, muy por bajo de sus verdaderas posibilidades. No se beneficia en absoluto de los extraordinarios privilegios que le confieren el clima y la proximidad de un mercado urbano dinámico y utiliza mal los medios hidráulicos de que la han dotado los grandes trabajos del Plan Guadalhorce. Por todo ello, no expresa sino un éxito parcial, un éxito abortado.

Los signos del malestar agrícola se revelan con una nitidez

creciente aún antes de que la empresa de colonización esté terminada.

El mediocre poder de atracción de estos sectores modernizados, de estos campos fertilizados a gran coste, es objeto de asombro, sobre todo cuando se establece la comparación con otras regiones transformadas por el riego, que manifiestan un dinamismo excepcional (las costas almerienses especialmente). En realidad, los nuevos perímetros del Plan Guadalhorce no ejercen ninguna seducción sobre las poblaciones vecinas, y la propia población permanece estancada: los efectivos reunidos de los municipios de Pizarra y Cártama no han aumentado sino en un 2% entre 1960 y 1970. Este mediocre aumento supone pues, teniendo en cuenta un crecimiento natural notable, el mantenimiento de una corriente de emigración apenas inferior al 10% al año. ¡Exodo modesto pero significativo de una economía nueva que, lejos de resultar atractiva, desanima a una fracción de la población!

Otros fenómenos son más directamente sintomáticos de ciertas dificultades agrícolas. La lentitud de la colonización «oficial» es, entre ellos, de lo más inquietante. Mientras pueblos nuevos se han terminado ya hace tiempo, muchas casas permanecen aún sin ocupar. Algunas de ellas no son sino parcialmente habitadas (Villafranco) e incluso permanecen desiertas (Doñana). De hecho el I. N. C. parece encontrar alguna dificultad al atribuir sus lotes de los que 1/3 no tiene aún titulares: muchas tierras permanecen in cultas en ciertos perímetros de colonización bien porque ellas no han encontrado todavía tomadores, bien porque el colono no se preocupa de valorizarlas o no riega sino una parte de la explotación. Es éste índice evidente de una cierta reticencia de la población afectada a emprender la vía trazada por el I. N. C.

Los progresos del género de vida mixto, explotaciones a tiempo parcial o migraciones estacionales, traducen igualmente una situación anormal en el seno de la agricultura campesina, tanto de las tenencias pueblerinas como las de las zonas de colonización oficial. En los pueblos nuevos de Santa Rosalía o de Aljaima, un cierto número de colonos buscan u ocupan un empleo complementario en las empresas de Málaga. Por todas partes, los trabajos estacionales en la costa o para la recogida de

la aceituna en las llanuras de Córdoba, Sevilla o Antequera, movilizan a una mayoría de campesinos. La nueva agricultura no parece conferir el equilibrio económico que esperaban las explotaciones familiares.

Los argumentos oficiales invocados por el IRYDA imputan las dificultades al retraso en las realizaciones técnicas —la no terminación de los embalses, de la electrificación de los pueblos— y tienden a crear la imagen de que se trata de un problema pasajero que se resolverá con la terminación de las obras. Si bien es cierto que algunos terrenos están todavía imperfectamente regados y que la puesta en marcha definitiva de algunas explotaciones se encuentra por ello frenada, esta explicación resulta, sin embargo, un tanto superficial. Son, en el fondo, las formas revestidas aquí por la colonización las que están en tela de juicio. Los principios sociales así como las elecciones económicas que han presidido al modelado de estos campos nuevos, —justificados tal vez en el momento de los proyectos—, se han quedado hoy notoriamente caducos.

Los cuadros sociales instaurados por el Plan Guadalhorce aparecen hoy día harto insuficientes. La exigüedad de los lotes de colonización, como la de las explotaciones pueblerinas, apenas agrandadas por dotaciones accesorias del I. N. C., prometen rentas limitadas a las familias campesinas. De hecho, se vive difícilmente sobre 4 ó 5 Ha y los beneficios son, en todo caso, demasiado reducidos para permitir inversiones productivas. La voluntad «social» del I. N. C., que aspira a dotar a un máximo de familias en un medio rural supercargado, era sin duda meritaria en la época en que se emprendieron los trabajos. Ella ha conducido desafortunadamente a crear estructuras que, con el tiempo, se han revelado inadaptadas a las necesidades. Sin duda se puede reprochar al I. N. C. el no haber sabido modificar su política a medida de la evolución del contexto económico y, mientras que la urbanización costera provocaba un aligeramiento importante de la población agrícola, el no haber favorecido la implantación de un campesinado más sólido, dotado de explotaciones dos o tres veces más grandes. O bien, para conservar marcos tan estrechos él no tenía otra salida que aumentar sensiblemente la calidad del sistema de producción que tenía la responsabilidad de promover.

La subintensificación de las fórmulas culturales establecidas a continuación de las grandes obras es finalmente —vista la exigüidad de las explotaciones y las formidables posibilidades naturales—, la tarea fundamental de esta nueva agricultura. La elección de una especialización estrechamente fundada en los agrios constituye sin duda un error lamentable. La fuerte concurrencia internacional sobre los mercados europeos y el control absoluto del negocio levantino sobre la colocación de la cosecha española sitúan a los focos secundarios de producción, como la Hoya de Málaga, en una situación económica difícil y extremadamente frágil. Las cotizaciones de la naranja se han venido depreciando lentamente desde los años 60 y se revelan actualmente cada vez más irregulares. En definitiva, los «años buenos» se limitan a los inviernos rigurosos donde el frío reduce la cosecha levantina y abre así salidas a las zonas andaluzas, favorecidas entonces por su clima. La citricultura constituye en todo caso, una especulación arriesgada desde ahora, insuficientemente remunerada para poder asegurar la rentabilidad de plantaciones demasiado pequeñas. Se está de acuerdo en pensar hoy que ella no puede sostener adecuadamente la economía de tenencias inferiores a 5 ó 6 Ha (11). La inmensa mayoría de las explotaciones se mantiene aquí por debajo de este umbral mínimo. La instalación de estructuras fundiarias tan apretadas no podía pues justificarse sino al precio del desarrollo de un sistema de cultivo netamente más intensivo.

Pues bien, la ignorancia de esta regla parece tanto más lamentable cuanto que olvidaba las posibilidades considerables que colocaban, de partida, a la Hoya en una situación extremadamente favorable. A semejanza de las costas más orientales, el clima privilegiado de este sector habría podido permitir el desarrollo de «producciones de lujo» altamente remuneradas, que consagran el éxito del pequeño campesinado del litoral almeriense. Aunque ligeramente desfavorecida con relación a estas regiones por el hecho del enfriamiento algo más sensible del invierno, la Hoya podía orientarse por la vía de una «superin-

(11) Véase el informe crítico de los economistas autores de: P. A. D. I. M. A. *El desarrollo económico y social de Málaga* (t. I, págs. 108-109), Málaga, 1973.

tensificación» a partir de la horticultura forzada o incluso de la arboricultura «tropical». El desarrollo de estas especulaciones en la próxima vega de Vélez demuestra la posibilidad de semejante orientación, olvidada aquí o reducida a algunos casos excepcionales.

Otras elecciones, menos brillantes pero más favorables sin embargo que la de la citricultura, se ofrecían por el simple hecho de la proximidad de una fuerte concentración urbana. Una agricultura periurbana que pusiera a su favor la demanda ciudadana podría asegurar la promoción del pequeño campesinado. Se ha visto, más arriba, el escaso éxito de tales iniciativas: la floricultura, los viveros, la ganadería sin suelo incluso, son emprendidas por algunos explotantes aislados que, en general, no pertenecen a la sociedad local.

La cuestión que se plantea finalmente es la de saber si —en la hipótesis de la imposibilidad de una generalización de tales sistemas, técnicamente muy elaborados—, no hubiera sido preferible orientarse hacia la ganadería lechera. El enorme déficit de la producción local asegura a la leche fuertes remuneraciones. El agua y el clima pueden sostener, por otra parte, una producción forrajera extremadamente intensiva, capaz de alimentar a un ganado importante en un reducido espacio. El obstáculo principal sigue siendo la falta de tradición en este terreno. El éxito de varias experiencias campesinas demuestra que tal obstáculo no es en absoluto insuperable. Se citará, por ejemplo, el caso de este pequeño propietario de 5 Ha, instalado cerca del río Fahala, que alimenta a 15 vacas a partir de cultivos forrajeros completados con algunas compras de alimentos industriales. La carga notable de 3 U. G. M./Ha, puede, según él, ser incrementada. Pues bien, en el estado actual, esta explotación procura regularmente un beneficio muy superior al que proporciona, como media, la venta de los agrios en una plantación de dimensión equivalente.

En conjunto, se ha desarrollado pues en la Hoya una agricultura impotente, demasiado apretada en sus estructuras fundiarias, mal intensificada, una agricultura que desprecia sus enormes posibilidades. Sin duda la responsabilidad incumbe a una cierta falta de clarividencia o de flexibilidad por parte de los técnicos que han enmarcado o guiado la realización del Plan. La

aplicación rigurosa de los proyectos iniciales, que progresivamente se fueron revelando como más inadaptados cada vez a las transformaciones del contexto socio-económico, contrasta fuertemente con la actitud muy evolutiva del IRYDA que, en otras partes, permitía así el éxito de los nuevos perímetros de Dalias.

Pues bien en la Hoya de Málaga, *los efectos de la urbanización litoral debían incrementar considerablemente la impotencia de la nueva agricultura y revelar sus insuficiencias con una agudeza particular*: es aquella la que, en definitiva, al entrar en concurrencia con un sistema agrícola frágil, resulta directamente responsable del malestar de estos campos, del fracaso parcial de la colonización. En efecto, los salarios ofrecidos por la industria de la construcción a la hora del gran desarrollo turístico han desplazado a una parte importante de la población rural de explotaciones con incierta viabilidad. Así se explica el escaso interés de los jornaleros por solicitar un lote de colonización: la escasa rentabilidad de estas tenencias, la perspectiva de un largo endeudamiento ofrecían con seguridad menos ventajas que un empleo de albañil, cuya renumeración es bastante superior a las rentas derivadas de una explotación de 3 a 5 Ha. La elección en beneficio de los oficios de la construcción es ciertamente menos manifiesta para el campesinado pueblerino, propietario de su tierra y ligado a su aprovechamiento. La decepción consecutiva a los resultados mediocres obtenidos ha agravado, sin embargo, mucho los riesgos de seducción de la costa. El desarrollo rápido de las explotaciones a tiempo parcial es testimonio a la vez de una cierta desilusión frente a la nueva agricultura y de un desinterés creciente a este respecto.

La falta de modernización de estos campos aparece pues como el resultado combinado de un progreso agrícola insuficiente y de una viva concurrencia «turística». Si nos atenemos a la constatación de la situación actual, se plantea en el fondo el problema de la viabilidad de las grandes empresas de colonización en la proximidad de focos en curso de urbanización rápida. Con respecto a los resultados obtenidos aquí, el coste enorme de tales obras puede aparecer mal justificado.

De hecho, está claro que un desarrollo regional equilibrado no puede fundarse únicamente sobre la actividad turística y que el crecimiento paralelo de los otros sectores económicos es

tanto más deseable cuanto más potentes se vuelven las funciones balnearias. Pero, si bien no es posible renunciar sin grandes riesgos al progreso de los campos, éste debe ser suficientemente potente para sostener la concurrencia de las actividades urbanas más atractivas. En tales condiciones, las grandes empresas como el Plan Guadalhorce resultan no solamente indispensables sino subordinadas a las exigencias de un éxito superior. ¿Es posible aún tal éxito en la Hoya de Málaga?

3. *El inmovilismo de la agricultura de pie de monte.* Frente a los trastornos que han cambiado la faz del centro de la depresión, la parálisis que azota las viejas vegas de Coín y de Alhaurín el Grande se revela como un fenómeno importante. El paisaje admirable, la fórmula agrícola elaborada por una larga tradición parecen inmutables... y singularmente anticuadas hoy. La modernización de tal agricultura supondría un engrandecimiento importante de las tenencias o una «superintensificación» del sistema de cultivo. Pues bien, a pesar de las posibilidades térmicas que abre en este sentido la posición baja y litoral de este sector, las iniciativas brillan curiosamente por su ausencia.

a) *La parálisis del sistema tradicional* se manifiesta a todos los niveles.

El bloqueo fundiario es absoluto. El mantiene e incluso reforza progresivamente estructuras típicamente microfundistas. El mercado de la tierra, analizado en Alhaurín el Grande, se caracteriza por una ausencia casi total de transacciones. Las intervenciones del IRYDA en los sectores susceptibles de riego por bombeo en los nuevos canales se enfrentan con rechazos sistemáticos desde que se trata de ceder una parcela: toda reagrupación resulta imposible. Por el contrario, poco a poco, la parcelación aumenta al ritmo de las reparticiones sucesorias. El catastro, puesto al día en 1975, revela que el 48,4% de las propiedades son inferiores a 1 ha., que el 91,5% no alcanzan las 5 ha. Más significativo aún es el fraccionamiento general de los bienes que conduce a un desplazamiento hacia las categorías inferiores de todos los tipos de propiedades y en especial de las comprendidas entre 5 y 10 ha.

La tendencia menor a la concentración no es más perceptible al nivel de las explotaciones. Su exigüidad —91% de ellas son

inferiores a 5 ha.— no cesa de acentuarse. En realidad, se constata que el proceso de desembramiento ha beneficiado sobre todo a las explotaciones comprendidas entre 0,5 y 2 ha. cuyo número ha aumentado en un 33% entre 1962 y 1972. De hecho, la encuesta sobre el terreno confirma que *la tenencia característica dispone de 1 a 1,5 ha. de regadío*, a veces dotadas del complemento de algunas pobres parcelas de tierra seca. La concentración no ha realizado, pues, ningún proceso, a pesar de la necesidad imperiosa de agrandar sensiblemente explotaciones tan menudas.

El bloqueo del sistema de producción no es menos evidente, cuando sólo un crecimiento notable de la intensidad cultural permitiría compensar la insuficiencia de la dimensión de las tenencias. En el plano técnico, el margen de progreso posible es estrecho, por el hecho del perfeccionamiento de la fórmula tradicional. No obstante, un cierto número de índices subrayan un curioso inmovilismo a este respecto.

El sistema de riego no ha conocido apenas cambios y el territorio regado no se ha extendido prácticamente. Con la excepción de algunas pocas captaciones de manantiales de escasa importancia, no se comprueba ningún esfuerzo apreciable en esta dirección. A la inversa, es frecuente que, en las zonas bajas de pie de monte accesibles al agua del IRYDA, los campesinos se desinteresen de los nuevos riegos y rechacen el agua, argumentando el alejamiento del pueblo o las servidumbres que entraña el enclave parcelario.

La mecanización, en otras partes, apenas tiene posibilidades como consecuencia del desmigajamiento de las estructuras agrarias. Los motocultores sin embargo se vulgarizan: su número (150 en 1970) se ha duplicado prácticamente desde entonces, sin afectar, no obstante, a más de una explotación de cada dos o tres. La agricultura permanece fundamentalmente concebida para las faenas manuales y utiliza todavía 2 U. T. A./Ha.

Las fórmulas culturales permanecen fieles a la tradición: la acumulación desordenada de las producciones —árboles frutales diversos, hortalizas, incluso cereales y forraje— es la regla. En el marco de tal sistema, el perfeccionamiento apenas resulta posible. La tendencia, de hecho, es inversa y marca una cierta preocupación por la simplificación, en favor de una economía de

trabajo, pero tendente a reducir un tanto la producción al tiempo que la densidad de los cultivos. El retroceso de la co-plantación y la aparición de campos especializados resultan manifiestos. Globalmente, dos especulaciones se han visto beneficiadas por este movimiento: los agrios frecuentemente en plantaciones homogéneas, que tienden a dominar alrededor de Coín +400 Ha entre 1950 y 1970 para Coín y Alhaurín); el maíz casi ausente en 1950 y que cubre hoy unas 1.200 Ha en los dos municipios. Por el contrario, los cultivos hortícolas se estancan, la patata sobre todo, especulación-clave hasta entonces, víctima del éxito de las nuevas producciones. En realidad, los progresos relativos de la especialización no consiguen de ninguna forma eliminar la preponderancia del pequeño policultivo familiar tradicional. La explotación tipo de las vegas de Coín o de Alhaurín continúa ofreciendo la imagen de una mezcla sorprendente: al pequeño huerto de naranjos se yuxtaponen algunas parcelas desnudas portadoras de tres cosechas en general (hortalizas de primavera, maíz, hortalizas de otoño, por ejemplo) y un rodal de forrajes que alimentará una vaca y uno o dos cerdos.

El bloqueo económico es el resultado normal de la permanencia de las estructuras fundiarias y del sistema de producción. Para una carga humana considerable, la explotación obtiene rentas notoriamente insuficientes, tanto más cuanto que los rendimientos —juzgados fabulosos antaño— parecen hoy solamente medios. La inmensa mayoría de las tenencias no resultan rentables y no pueden ser suficientes para cubrir las necesidades de las familias que las cultivan.

Pese a las dificultades de modernización de tal agricultura, el inmovilismo tan total de la sociedad rural, puede, sin embargo, asombrarnos. Conviene discernir sus móviles.

b) *Los efectos de la atracción litoral* se revelan en gran medida responsables de esta parálisis.

Las migraciones diarias que dirigen masivamente a la población rural hacia los empleos de la costa sostienen en efecto lo mejor de la economía local. Ellas explican la permanencia, en apariencia anormal de una agricultura superada y el mantenimiento de una población numerosa.

La estabilidad demográfica resultaría totalmente ilógica a la vista de las rentas locales cuya insuficiencia actual debiera ali-

mentar una fuerte corriente de emigración. De hecho, el éxodo rural está aquí bien manifestado en el curso de los años 1950-1960, para reducirse luego progresivamente ante la demanda de empleos de la Costa del Sol. Desde entonces la curva de la población se hace notablemente estacionaria: entre 1960 y 1970, Coín ha perdido 1,3% de sus habitantes, mientras que Alhaurín el Grande ha aumentado sus efectivos en 1,9%

De hecho las migraciones pendulares —a veces semanales— hacia la industria de la construcción afectan más o menos regularmente a la mayoría de las familias en uno al menos de sus miembros. Estas han fijado, de una parte, en el lugar una población abundante de jornaleros condenada sin ellas al éxodo lejano. En Coín, su número, superior a 1.000 según la encuesta agrícola de 1953, puede verse reducido a menos de 200 hoy. Los 4/5 de ellos se han transformado entre tanto en obreros de la construcción. Con ello, los pueblos de pie de monte se han transformado en parte, en habitat-dormitorios. Tales migraciones en otras partes han generalizado en las pequeñas explotaciones la práctica de la agricultura a tiempo parcial. Los ingresos aportados por los campesinos de la costa o, frecuentemente, sus hijos, permiten únicamente comprender la supervivencia del sistema tradicional. En Alhaurín el Grande, el 89% de los jefes de explotación se ocupaban en 1972 más de la mitad de su tiempo en trabajos no agrícolas. Si se tiene en cuenta las migraciones de los «ayudas familiares», es la totalidad de las tenencias la que, con raras excepciones, participa en esta mezcolanza. De esta manera, la agricultura de pie de monte resulta hoy una actividad un tanto artificial, es decir, una preocupación accesoria a los ojos del campesinado. Puede comprenderse así su inmovilismo.

Las causas de la parálisis agrícola se hacen, en efecto, muy claras.

El bloqueo fundiario, tan perjudicial al progreso, se explica de entrada por la inutilidad de los esfuerzos de concentración en favor de un campesinado que encuentra fuera de la explotación lo esencial de sus ingresos. Las rentas exteriores permiten un equilibrio que evita los duros sacrificios financieros que supondría el engrandecimiento de las explotaciones. Por el contrario, alejado de la tierra durante una buena parte de su tiempo, el

campesino no tiene ningún interés en incrementar la extensión de una tenencia que sería incapaz de trabajar. El mantenimiento posible así de las explotaciones más pequeñas impide por otra parte cualquier liberación de tierra.

A esta razón fundamental se añaden finalmente, otros móviles con consecuencias idénticas. La implantación aquí o allí de las primeras residencias de fin de semana —unas 60 en Alhaurín el Grande, ocupadas por familias acomodadas de Málaga e incluso por una pequeña colonia extranjera— ha hecho nacer, en todos, un verdadero apetito de especulación. La esperanza, incluso vaga, de fructíferas operaciones conduce lógicamente a la retención sistemática de la tierra y a un alza considerable de los precios del suelo (de 2 a 5 millones de ptas./Ha en vega) que hace su adquisición imposible al campesino eventualmente interesado. En todo caso, la influencia urbana, al generalizar la explotación a tiempo parcial o al alimentar la ilusión de los progresos de una colonización inmobiliaria, se halla directamente en el origen de la parálisis de las estructuras agrarias.

El bloqueo de los sistemas de producción obedece a los mismos resortes. La insuficiencia de la renta agrícola para una explotación de pleno ejercicio no aparece en el caso de una tenencia a tiempo parcial. Tampoco las tentativas de mejora de la fórmula tradicional se imponen en absoluto. Esta última se presta bastante bien, por el contrario, al género de vida mixto, gracias a un cierto escalonamiento de las tareas y continúa proporcionando una parte del consumo doméstico (hortalizas, cerdos, leche...). En definitiva, las únicas tendencias de evolución aspiran sobre todo a adaptarla mejor al sistema a tiempo parcial, es decir a reducir los trabajos: tal es el significado de los progresos de la pequeña mecanización y de las tentativas de simplificación cultural. Esta preocupación puede incluso en ciertos casos traducirse por actitudes excesivas que conducen a dejar de lado abiertamente la agricultura intensiva, sustituyéndola por prácticas más extensivas, pero económicas en trabajo. En algunos casos, el explotante renuncia a la conservación demasiado exigente de los campos de riego para concentrarse sobre algunas parcelas de arboricultura seca, olivos o almendros: él opta deliberadamente por una agricultura de recogida. ¡Tan significativa es la elección de estos propietarios que, abandonando los culti-

vos de alto rendimiento, consagran hoy día su tenencia al almendro en el corazón mismo de la vega (Alhaurín el Grande)! El conjunto de estos comportamientos demuestra que la agricultura no es ya, en estas comarcas no obstante fértiles, una preocupación esencial.

Pues bien, semejante evolución se revela tanto más lamentable cuanto que —a diferencia de las cuencas más interiores— la agricultura disponía aquí de notables posibilidades de modernización, deliberadamente sacrificadas. Como en el centro de la depresión, las prácticas de forzado de hortalizas (enarenados, plásticos) son posibles y debieran permitir una producción fuera de estación capaz de rentabilizar las tenencias más pequeñas. Ganadería sin suelo, cultivos de suburbio podrían ofrecer soluciones vecinas. Pues bien, con excepción de los raros casos individuales representados las más de las veces por explotantes a tiempo total llegados de fuera, las formas de pequeño cultivo «superintensificado» son desconocidas.

En resumen, la modernización de estas viejas vegas de pie de monte era posible y podía permitir un porvenir brillante al pequeño campesinado. *Al desviar a los agricultores*, del indispensable esfuerzo de transformación para no ponerles los beneficios más fáciles de los empleos de la costa, *el turismo ha inhibido el progreso agrícola*. Mientras que la fragilidad de la industria de la construcción deja entrever el carácter efímero del pleno empleo litoral, la influencia de la urbanización balnearia se ha revelado aquí, en el fondo, esterilizante. Muchos campesinos han preferido sin duda los cien pájaros volando que uno en la mano...

4. La Baja Hoya en vías de urbanización

A pesar de los suelos fuertes a veces mal drenados, la parte baja de la Hoya es sin duda la mejor dotada para una agricultura rica: el carácter llano del delta del Guadalhorce constituye una ventaja cierta, el abrigo de la Sierra de Cártama elimina todo riesgo de heladas y ofrece la posibilidad de producir las cosechas más delicadas. Pero, en las colinas del pie de monte de Alhaurín de la Torre así como en la llanura, el fenómeno decisivo es hoy el de la presión urbana que, desde Málaga y Torremolinos, tiende a transformar este sector en zona suburbana y a dejar a la

agricultura jugar un papel accesorio. Pues bien, los sistemas de producción dominantes —la caña de azúcar, sobre todo— son demasiado poco eficaces para oponerse a la conquista urbana o incluso para frenarla. La vida agrícola de la Baja Hoya está condenada, en una buena parte, a desaparecer.

a) *El empuje urbano*

La expansión de la ciudad ha sido extremadamente viva desde hace una veintena de años en la llanura del Guadalhorce. Sin duda está destinada a acelerarse aún más en la medida en que ni Málaga por el este ni Torremolinos por el oeste —una aglomeración de 400.000 habitantes en total— tienen otras salidas para desarrollarse cómodamente.

La conquista del territorio agrícola progresó rápidamente desde las zonas agrícolas de interés secundario hacia los sectores más fértiles. En el pie de monte, las urbanizaciones residenciales colonizan ya lo esencial de los terrenos de cultivo seco, el olivar que bordeaba el pie de la Sierra. Ellos ganan poco a poco las zonas regadas alrededor de Alhaurín de la Torre y de Churriana.

En la llanura, la progresión urbana resulta más espectacular todavía. Los grandes equipamientos suburbanos han invadido ya prácticamente toda la parte inferior del delta, de menor calidad agrícola, y se extienden hacia arriba hasta una línea Churriana-Río Campanillas (figura 16). La influencia de las zonas industriales de Málaga (más de 800 Ha) ocupa así lo mejor de los terrenos de la margen izquierda del Guadalhorce mientras que en el oeste, la Baja Hoya está sobre todo movilizada en beneficio de los equipamientos con vocación turística (aeropuerto-urbanizaciones-golf-club hípico-influencia de las autopistas y ferroviaria). En definitiva, la agricultura ha perdido ya más de la mitad de su territorio en la Baja Hoya y se ve rechazada progresivamente en su parte alta. Los proyectos del I. N. C. en este sector han tenido que ser abandonados.

La evolución rápida de las actividades profesionales traduce normalmente los efectos de la progresión urbana. La población deja de lado las tareas agrícolas para consagrarse en su mayoría a las actividades ciudadanas, industriales sobre todo. Puramente campesino hasta 1960, el municipio de Alhaurín de la Torre,

conserva menos de 1/3 de los activos agrícolas entre sus habitantes actuales.

b) *La fragilidad de la agricultura* no puede sino facilitar la expansión urbana.

La caña de azúcar, preponderante en el conjunto de la Baja Hoya, es de hecho, una especulación de carácter tradicional incluso si su desarrollo aquí es relativamente reciente. Sus beneficios son demasiado modestos para permitirle cohabitar durante mucho tiempo con las actividades ciudadanas. Ya, su desarrollo se ha detenido, antes de que su estabilización provisional, en unas 1.500 ha, se transforme en retroceso progresivo. La resistencia pasajera de la caña es resultado aquí de progresos técnicos importantes, de una modernización más avanzada que en las otras vegas azucareras.

Los rendimientos así como su contenido en azúcar han aumentado considerablemente con la adopción de nuevas variedades: la N. C. O., importada de Natal, ha conquistado más del 95 % de las plantaciones actuales (12). Esta permite desde ahora alcanzar una producción de 100 a 120 toneladas de caña por Ha, superior en un 20 a un 30% a los rendimientos obtenidos con anterioridad.

Sobre todo, la mecanización de la recogida, aunque todavía incompleta, asegura a la Hoya una economía importante con relación a los enormes gastos ocasionados por la «zafra» manual en práctica en Motril, por ejemplo. La corta está asegurada, tras la quema de la caña, por dos máquinas adquiridas por la cooperativa de cañeros. El transporte a la azucarera está finalmente totalmente motorizado y evita el recurso dispendioso a las caravanas de mulas. Este avance en relación con las prácticas tradicionales conservadas en Motril resulta de una estructura fundiaria y parcelaria menos limitativa que permite el acceso y el trabajo de las máquinas: una fracción importante de los campos avecina la dimensión requerida de una Ha, los caminos son numerosos; las propias explotaciones, más vastas que en la costa granadina (1/3 de ellas dispone de más de 5 Ha, mientras cerca

(12) Olalla Mercade, L. «La caña de azúcar en Málaga», *Jabega*, 1974, núm. 6.

de los 9/10 de las tenencias permanecen inferiores a 2 Ha en la vega de Motril).

En resumen, el sistema azucarero ha aumentado sensiblemente su rentabilidad gracias a un aumento importante de los rendimientos y a una reducción de los gastos de recolección que debiera hacerse decisiva con el desarrollo de la mecanización.

Estos progresos no aseguran sin embargo en absoluto una intensidad suficiente como para permitir a explotaciones de modesta envergadura resistir duraderamente a la concurrencia urbana. De hecho, la estabilidad actual de la caña responde a razones esencialmente coyunturales: la presión de las azucareras y, sobre todo, el alza brutal de las cotizaciones del azúcar que, recientemente ha permitido duplicar los precios ofrecidos a los productores (de 900 pesetas en 1973, a 1960 pesetas en 1975). Este aumento considerable ha vuelto a dar, de repente, la esperanza a los pequeños explotantes desalentados. La caña resulta de nuevo rentable para la mayoría de los agricultores que cultivan de 2 a 3 ha (los 2/3 de los productores más o menos).

La especulación azucarera conoce así una especie de relanzamiento pero que parece ser eminentemente frágil. El alza excepcional de las cotizaciones no puede ser contemplada como una operación regular que periódicamente viniera a salvar a las demasiado pequeñas explotaciones. Su salvación frente a la presión urbana dependerá sin duda de su paso hacia las formas más intensivas de una agricultura suburbana.

La rareza de las especulaciones periurbanas no da pie por el contrario, a tal esperanza. La cintura hortícola que, en Churriana y sobre todo Campanillas, bordea la llanura azucarera no puede representar apenas una verdadera agricultura suburbana. La especialización del cultivo a pleno campo de las alcachofas permanece sin duda insuficientemente intensiva sobre tenencias muy pequeñas, llevadas frecuentemente a tiempo parcial.

La aparición de auténticas especulaciones suburbanas permanece finalmente como excepcional e incluso estrechamente asociada a la instalación de explotantes inmigrados dotados de competencias técnicas y de capitales de que carece el campesinado local. Citaremos, por ejemplo, tal dominio consagrado a la producción de aguacates, tal explotación que, en unas 30 Ha, se dedica a la floricultura bajo la dirección de un propietario catalán,

o bien los más numerosos ejemplos de ganadería industrial (aves, cerdos).

En resumen, la urbanización de la Baja Hoya resulta verdaderamente imparable y, a largo plazo, el retroceso agrícola lógico. Se juzgará, por el contrario, de manera mucho más matizada la evolución reciente de los otros sectores de la Hoya. Los resultados de los grandes trabajos de puesta en riego y más aún, los de la influencia litoral llaman a serias reservas.

1. Perturbado por la concurrencia urbana, obstaculizado por las insuficiencias de su propia concepción, *el Plan Guadalhorce no ha alcanzado en el fondo, sus objetivos*. No ha tenido éxito en promover un campesinado realmente próspero y dinámico, ni en hacer de la Hoya un verdadero polo de atracción y de animación regional. Su mediocre comportamiento demográfico es testimonio de ello. La Hoya ha entrado, de hecho, en la órbita de los focos turísticos costeros y su porvenir, de ahora en adelante depende de ello en gran medida.

2. El papel de la urbanización litoral se revela, en otras partes muy decepcionante. Contrarrestando la expansión de las nuevas tierras del corazón de la depresión, perjudicando a la evolución de las vegas de pie de monte, *la influencia urbana de la costa ha paralizado el progreso agrícola*. Ella se ha opuesto, en definitiva, a un desarrollo cuyas posibilidades eran brillantes.

Pues bien, en contrapartida, sus efectos positivos no parecen ser en absoluto decisivos. El aligeramiento de estos campos sobrecargados de hombres ha favorecido sin ninguna duda un mejor equilibrio de la sociedad rural. Pero, no puede dejar de verse que este aligeramiento es el resultado de la atracción esencial, si no exclusiva, de las actividades de la construcción cuya prosperidad —ya discutida hoy— está ligada a las necesidades provisionales del equipamiento turístico: sus resultados, una vez terminados los grandes trabajos de infraestructura, amenazan con ser efímeros.

C) UNA ZONA INTERIOR PROFUNDA IMPERFECTAMENTE POLARIZADA

El interior lejano de la comarca, indiscutiblemente polarizado por la Costa del Sol, se reduce en lo esencial a la Serranía

de Ronda (figura 15). En el caso de estas montañas que, hoy, no viven más que de los recursos que proporciona la emigración, el problema de la solidez de las relaciones de pertenencia al sistema regional regido por la costa puede plantearse en términos relativamente simples:

— ¿La influencia de la Costa del Sol ha sido suficientemente poderosa para desplazar en su beneficio las corrientes migratorias hasta entonces dirigidas hacia destinos lejanos?

— ¿Tal reorientación de los horizontes de trabajo resulta beneficiosa para los serranos?

1. *El desarrollo de las migraciones hacia la Costa del Sol: un vuelco parcial de los hábitos migratorios (13)*

La oferta de empleos del litoral turístico, de hecho, ha trastornado profundamente la geografía de las corrientes migratorias surgidas de la Serranía, hasta el punto de aparecer como una solución de recambio al éxodo lejano. Desde hace cinco años, sobre todo, las comarcas del Genal viven cada vez más de los ingresos obtenidos en la costa vecina. La localización exhaustiva de los migrantes del municipio de Alpandeire en diferentes épocas permite seguir los progresos de la atracción litoral. El cuadro que figura a continuación consigna sus resultados esenciales.

**Destino de la emigración no definitiva
(estacionales excluidos) a partir
del municipio de Alpandeire**

(%)	Extranjero	España no andaluza	Regional	Del que Costa del Sol	Total
1965 (muestreo de 60 casos).....	40	37	23	7	100
1965-70 (259 ca- sos).....	27	15	58	21	100
1970-75 (192 ca- sos).....	20	14	66	47	100

(13) Este análisis debe mucho a la contribución del sociólogo F. Heran con quien hemos investigado en la Serranía de Ronda durante el año 1976.

Se asiste pues, en un decenio, al triunfo de las migraciones regionales que representan desde ahora los 2/3 de los efectivos respectivos mientras que las partidas más lejanas se reducen a la mitad. Pues bien, al mismo tiempo, los desplazamientos tradicionales hacia Ronda o hacia la Baja Andalucía gaditana se ven disminuidos notablemente, asegurando así el mejor beneficio a la Costa del Sol que capta hoy la mitad aproximadamente de la emigración global. Su poder de atracción se ha sextuplicado desde 1965, y duplicado desde 1970. Pues bien, si se tiene en cuenta la inercia lógica que oponen a este cambio brusco del flujo migratorio las costumbres antiguamente adquiridas, se puede sin duda situar la fuerza de atracción del litoral a un nivel superior aún al que muestran las cifras. En este caso, la Costa del Sol se afirma indiscutiblemente como un verdadero polo regional. Reduciendo la dependencia de los serranos de las provincias septentrionales, del extranjero e incluso de las zonas andaluzas vecinas, aquélla ha reforzado singularmente la unidad de una región malagueña cuyos sectores periféricos le daban la espalda parcialmente hasta entonces.

El desplazamiento de las migraciones hacia la Costa del Sol resulta a pesar de todo incompleto. El caso de Alpandeire muestra, por otra parte, la permanencia de una fuerte corriente hacia el exterior: la mitad de las partidas no se destinan aún al litoral turístico. Pues bien, se trata aquí de un ejemplo donde la influencia de la Costa del Sol aparece tal vez más poderosa que en otros municipios de la Serranía.

El comportamiento de conjunto de las comarcas del Genal no es en absoluto homogéneo y se define, por el contrario, por la diversidad de las actitudes locales. El cuadro que figura a continuación subraya claramente la extrema variabilidad de las situaciones:

Destino de la emigración no definitiva en tres pueblos de la Serranía (1970-75) (%)

(%)	Costa del Sol	Ronda	Resto España	Extranjero	Migraciones locales	Total
Cartajima	14,8	8,9	11,2	65,1	—	100
Jimena del Libar	16	12,8	33,9	4,5	32,8	100
Benalauria	60,8	19,2	16,8	3,2	—	100

Si el municipio de Benalauria demuestra la preponderancia aplastante de la atracción de la Costa del Sol, los otros dos ejemplos definen por el contrario comportamientos representativos de elecciones muy diferentes: Cartájima emigra esencialmente hacia el extranjero, fiel a canales migratorios ya antiguos hacia Marsella y París; Jimena de Líbar concede sus preferencias a Cataluña así como a los desplazamientos de corto radio ligados a los trabajos de mantenimiento de la línea de ferrocarril Algeciras-Bobadilla que atraviesa el municipio. En estos dos pueblos, la atracción de la Costa del Sol permanece muy accesoria. El papel de las tendencias migratorias sólidamente implantadas ya contrapesa eficazmente la influencia del litoral turístico, no obstante más fácilmente accesible. Los límites de la función regional de la Costa del Sol quedan así claramente expresados. El foco balneario no ha podido captar más que una parte, a veces minoritaria, de una mano de obra que continúa dependiendo de influencias exteriores.

2. *La naturaleza de las migraciones dirigidas hacia la costa* aclara suficientemente las causas de esta relativa ineficacia. El examen de la composición por grupos de edades de los emigrados hacia la Costa del Sol comparada con la de los migrantes más lejanos hace aparecer la originalidad de la atracción del litoral turístico.

Composición por edades de las corrientes migratorias hacia la Costa del Sol, el extranjero y el norte de España (4 municipios: Alpandeire, Cartájima, Benalauria, Jimena de Líbar) (1971-1976)

(%)	Costa del Sol	Extranjero	Norte de España
0-14	25,3	20,4	20,6
15-29	42,9	50,3	58,1
30-44	17,2	24,8	10
45-59	12	2,6	6,9
> 60	2,6	1,9	4,4
	100,0	100,0	100,0

Se comprueban dos hechos esenciales:

— La inferioridad relativa de la Costa del Sol en cuanto a la atracción de los migrantes de 15 a 45 años de edad. Estos últimos que constituyen ya la parte más activa de la población, y buen número de jóvenes hogares, prefieren sensiblemente las partidas más lejanas.

— A la inversa, la influencia de la costa turística prevalece netamente a nivel de las categorías más jóvenes y de más edad, es decir de las familias más cargadas de hijos.

Se adivina, para terminar, que la atracción de la Costa del Sol no se impone realmente sino a los migrantes para quienes las cargas de familia constituyen un obstáculo a la marcha lejana. Para los otros, más libres de elección, la preferencia se inclina más hacia los desplazamientos extrarregionales.

La explicación aparece rápidamente con referencia a la estructura de los empleos ofrecidos respectivamente por el foco turístico y las otras regiones de emigración. La especificidad de la Costa del Sol se basa evidentemente en la preponderancia aplastante de los empleos de la «construcción y accesoriamente de la hostelería para los hombres, respectivamente del 52 y el 27% de los casos, del trabajo hostelero o del servicio doméstico para las mujeres, 60 y 20% de los casos. Por el contrario, los oficios industriales aparecen esenciales para los hombres emigrados al extranjero, 48% de los casos. Finalmente, se comprobará que la atracción de la Costa del Sol queda netamente batida en brecha a nivel mismo de sus «especialidades» profesionales: una gran fracción de los candidatos a la construcción prefieren el extranjero o el norte de España y sobre todo, entre las mujeres, los servicios domésticos son mucho más buscados fuera de la Costa del Sol.

Esta situación no hace, en el fondo, sino subrayar *la menor calidad de los empleos propuestos por la Costa turística*. Esta inferioridad que define al mismo tiempo la debilidad esencial y la fragilidad de la atracción regional de la costa resulta muy sensible en dos puntos:

— La inestabilidad del trabajo en el litoral balneario ha sido ya muchas veces mencionada. El carácter muy estacional del empleo (hostelería, construcción e incluso servicios domésticos), la inseguridad de la industria de la construcción, con un porvenir

limitado, hacen preferir con frecuencia los empleos más duraderos ofrecidos por el extranjero o el norte de España.

— La mediocridad de las remuneraciones pagadas en la Costa del Sol con respecto a los salarios practicados en el extranjero para las mismas funciones juega con seguridad en desventaja de la costa malagueña. Los ingresos de una mujer de limpieza son, en la Costa del Sol, inferiores en la mitad a los que ella obtendría en el extranjero. La diferencia es más importante aún en el caso de la construcción (diferencia de 1 a 3 en relación con Francia). Para los más dinámicos o los más ambiciosos, el éxodo lejano está pues, siempre mejor motivado.

Queda, en definitiva, consignar que la atracción turística no ha tenido éxito en desviar más que una parte de la emigración de la Serranía. Sus progresos evidentes no han podido absorber sino una fracción de la mano de obra disponible, incluso en las ramas de actividades más específicas: construcción, hostelería, servicio doméstico. La influencia regional de la Costa del Sol resulta pues, muy imperfecta.

El examen de la Serranía de Ronda, el de la Hoya de Málaga, y finalmente el de los focos balnearios conducen a las mismas conclusiones:

1. La potencia de la expansión turística ha modificado indiscutiblemente la evolución de los campos malagueños, hasta servir de base exclusiva a una reorganización regional regida por la Costa del Sol.

2. El crecimiento balneario, no obstante, no engendra un desarrollo equilibrado en su área de influencia: en la montaña, el desplazamiento parcial de las corrientes migratorias en beneficio de la región no ha cortado en absoluto la despoblación, que tiende, por el contrario, a agravarse; en los campos fértiles de la Hoya de Málaga, la atracción litoral ha inhibido progresos agrícolas prometedores; en la propia costa, la expansión turística se ha realizado al precio de un trastorno generador de nuevos contrastes sociales frecuentemente desfavorables para la población indígena. Así, en conjunto, la urbanización balnearia ejerce más bien una influencia esterilizante sobre el interior de la comarca.

Sin duda la expansión paralela de nuevas actividades dinámicas —agrícolas e industriales— constituye una condición necesaria

ria para la consolidación de un edificio regional que el carácter un tanto artificial e «insular» de la función turística hace demasiado inestable.

III. LA REGION ORIENTAL

A) EL NUEVO CENTRO DE GRAVEDAD DE LA VIDA REGIONAL

Como en las comarcas malagueñas, el centro de gravedad de la vida regional almeriense ha sufrido una doble traslación en el espacio: de la montaña hacia el mar; de la vieja capital provincial, organizadora de las actividades tradicionales, hacia jóvenes focos de animación aparecidos en territorios nuevos. La migración hacia la costa del polo de la economía regional es aquí particularmente espectacular en la medida en que ella se inscribe en una duración muy breve —4 decenios apenas—, y en la medida también en que ella se caracteriza por una evolución a trompicones en una serie de episodios que, sin transiciones verdaderas, consagran con brutalidad el hundimiento o la promoción de las comarcas en cuestión. Obedece, en efecto, a una sucesión de ciclos especulativos que se expanden sobre áreas cada vez más estrechas a medida que se aproximan al litoral:..

— El ciclo de la uva se extiende hasta la Guerra Civil. Los emparrados cubren entonces el conjunto del territorio regable y dominan toda la economía regional. El corazón del sistema es montañoso, sin embargo: se sitúa en las vertientes del alto Andárrax, foco original y siempre preponderante de la viticultura.

— El ciclo de los agrios le sucede, mientras las dificultades de la uva de Almería no cesan de agravarse. Es a la vez más breve —limitado a un período de fuerte expansión de una veintena de años, de 1940 a 1960— y queda asentado, por razones climáticas en un territorio mucho más exiguo: el bajo valle del Andárrax, dedicado desde entonces al monocultivo de las naranjas.

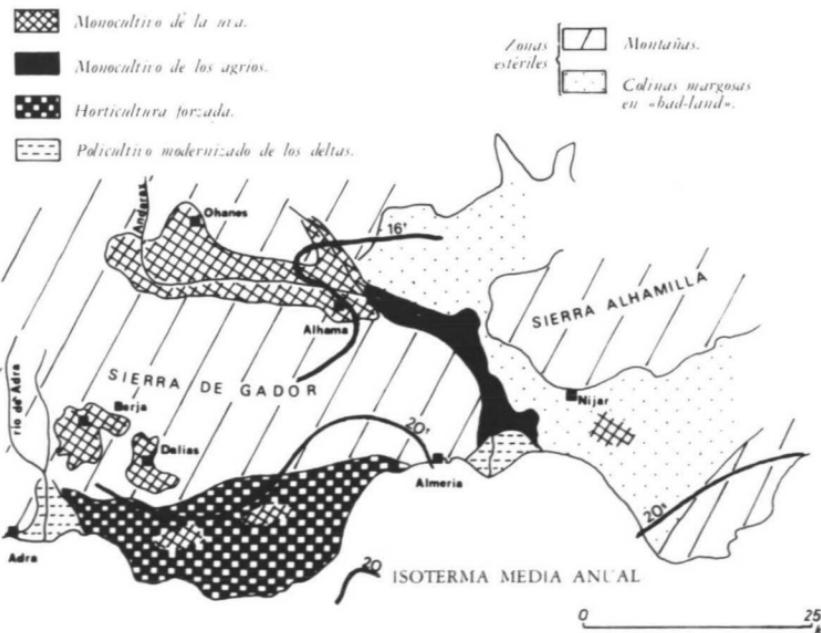
— El ciclo de la horticultura forzada viene finalmente a relevar a la especulación citrícola en pleno marasmo hoy. Pero éste afecta a sectores estrictamente litorales, centrados alrededor del Campo de Dalías.

Así, la sucesión de los ciclos de la economía agrícola desem-

boca en una promoción muy selectiva de la franja costera y paralelamente en la decadencia de los sectores interiores. El éxito de cada nuevo episodio especulativo, ligado a condiciones climáticas cada vez más restrictivas, no puede sin embargo borrar las trazas de los ciclos anteriores. Se desemboca, de esta suerte, a partir de una situación notablemente homogénea en el origen, cuando los emparrados dominaban por completo el conjunto del país y de la economía, a una diversificación muy acusada del espacio agrícola. Tres sistemas monoculturales, testigos de tres épocas, se yuxtaponen desde ahora (figura 17), organizados hoy alrededor del litoral según una jerarquía que queda por definir.

Igualmente el foco de impulsión de la economía regional se ha desplazado hacia el oeste en el curso del último episodio, desde Almería hacia el corazón del Campo de Dalías. Sin duda la vieja capital se ha beneficiado en gran medida del desarrollo

FIG. 17. LOS MONOCULTIVOS DE LA REGION DE ALMERIA



agrícola de las zonas costeras vecinas pero es tributaria del mismo sin asegurarse el control. Este último queda para los hombres del Campo de Dalías y los asuntos decisivos, las operaciones comerciales, son tratadas en el lugar, en El Ejido con frecuencia, que cada vez más, se afirma como el centro de dirección de la nueva economía agrícola.

1. El Campo de Dalías, corazón de la agricultura pionera (14)

La promoción repentina del Campo de Dalías expresa en efecto los elementos característicos que definen a las conquistas pioneras: nacimiento brutal de un campo densamente humanizado a partir de espacios estériles y desiertos hasta ahora; utilización de medios técnicos revolucionarios; espontaneidad del empuje colonizador animado por un apetito sin freno de especulaciones que, junto con las grandes obras oficiales, explica el éxito actual.

El motor de este profundo cambio —el riego y sobre todo la puesta a punto de prácticas de cultivo sobre arena—, sus mecanismos también —la multiplicación de las operaciones especulativas— han sido largamente analizados con anterioridad. Convienen solamente precisar aquí los principales rasgos que resultan de ello y modelan la faz actual del Campo, sus paisajes y los hombres que lo animan.

a) *El aspecto del Campo de Dalías* traduce un estado provisional, el de una inmensa cantera todavía inacabada pero en progresos continuos y rápidos.

Es preciso para poder medir los resultados ya obtenidos, imaginar la situación de esta gran llanura hace un cuarto de siglo. Redondeando al pie de la abrupta línea recta de la Sierra de Gádor, en un amplio semicírculo de 300 km² que termina por sus extremidades en las viejas vegas de Adra al oeste, de Almería al este, el Campo de Dalías, desprovisto de cursos de agua permanentes y acorazado por las costras calcáreas, era una comarca vacía y repulsiva.

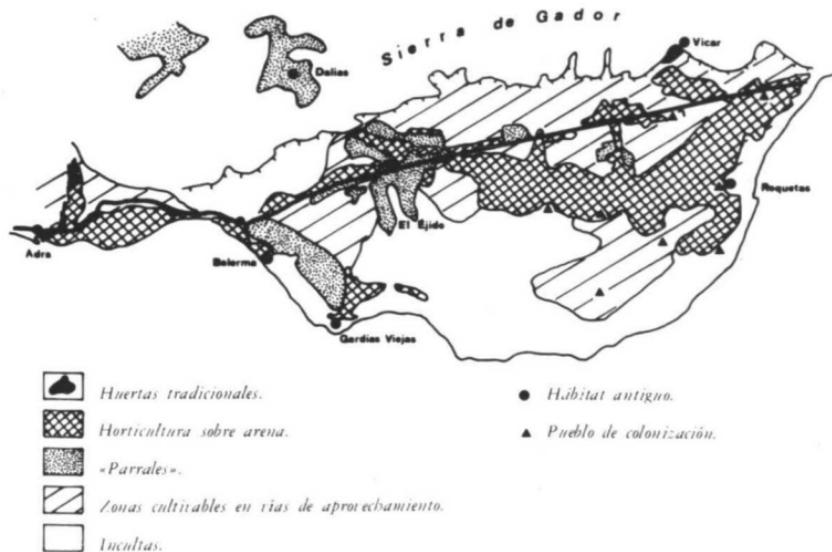
(14) Mignon, C., «Un "nouveau Sud" en Espagne: colonisation et pionniers du Campo de Dalias». *Espace géographique*, 1974, núm. 4, págs. 273-286.

La mitad norte está ocupada por un glacis de pie de monte recubierto de materiales torrenciales groseros fuertemente encostados en dirección hacia abajo; la parte meridional, una larga ondulación anticlinal que levanta los sedimentos miocenos, está igualmente recubierta de un caparazón calcáreo sobre su mayor parte. Estas dos unidades, los 9/10 del Campo, no ofrecían ninguna posibilidad agrícola fuera de los años excepcionalmente lluviosos: sólo las tierras limosas de las ramblas o los vacíos libres de encostramiento eran entonces semillados. El resto servía únicamente como pasto de invierno a los pequeños rebaños campesinos de los pueblos de montaña agrupados alrededor de modestas casas y de la cisterna, el «aljibe». Esta mediocre utilización estacional no podía animar una verdadera vida local; el campo no constituía sino una dependencia olvidada de los municipios agrícolas de la Sierra de Gádor, los de Félix, Vícar y Dalías.

Sin embargo, entre estos dos conjuntos repulsivos, se abre un estrecho pasillo alargado en las margas y los grés pliocenos. Aunque salinas a veces, las tierras desprovistas de costra, son aquí de mejor calidad. Algunos pozos alrededor de Aguadulce, las aguas sobrantes de riego de la vieja vega de Dalías y una galería excavada en el flanco de la sierra (Fuente Nueva) permitían aquí regar algunas centenas de Ha destinadas a hortalizas, a viña o sobre todo a cereales. Aquí se situaba el único núcleo agrícola notable del Campo al que convenía añadir, algunos minúsculos sectores hortícolas dispuestos sobre la costa occidental, alrededor de Guardias Viejas.

Un mapa de la ocupación actual de suelo (figura 18) revela el camino recorrido desde entonces: 10.000 Ha, en progresión constante están hoy regularmente regadas y cultivadas. Los cultivos hortícolas sobre arena y, desde ahora, bajo abrigos de plástico monopolizan lo mejor del nuevo territorio agrícola. Ellos han invadido íntegramente la depresión mediana de la Mojonería, extendiéndose ampliamente hacia el este entre Roquetas y Aguadulce. Sin embargo, a medida de los progresos del riego, tales cultivos colonizan progresivamente los bordes del pie de monte, muerden por sitios la meseta meridional, ganan de entrada los sectores bajos, el curso de las ramblas, adhiriéndose después a las mismas superficies encostradas. La horticultura no resulta sin embargo exclusiva.

FIG. 18. REPARTICION ACTUAL DE LAS MASAS DE CULTIVO EN EL CAMPO DE DALIAS (1973)



Los emparrados de uva de mesa, principalmente, ocupan una extensión importante, unas 1.300 Ha. En relación con los beneficios considerables que reporta la horticultura, su progresión aquí parece sorprender cuando la economía de la uva de Almería conoce evidentes dificultades. De hecho, la situación de las explotaciones vitícolas del Campo es incomparablemente mejor que la de las tenencias tradicionales del Andarax o de las viejas vegas de Dalias y Berja. Incluso si se aísلا el caso todavía excepcional de los grandes dominios modernizados, las estructuras agrarias son aquí más favorables: la explotación media alcanza cerca de 2 Ha gracias a prácticas culturales racionadas. Ella se integra frecuentemente, por otra parte, en un sistema diversificado donde el cultivo hortícola juega el papel esencial. La juventud de las plantaciones y las ventajas térmicas del clima intervienen finalmente en forma decisiva para asegurar cosechas más abundantes y de mejor calidad.

Queda sin embargo el hecho de que los beneficios del «parral» no pueden competir con los de la producción hortícola. El éxito del emparrado responde a otras razones cuyos efectos

parecen provisionales. La menor calidad del subsuelo cuya influencia es a pesar de todo sensible en los cultivos sobre arena, y disponibilidades hidráulicas más limitadas permiten explicar su presencia en los sectores marginales más tardíamente colonizados y aún imperfectamente mejorados, en el oeste del Campo, sobre todo, cerca del El Ejido o detrás de Balerma. Pero parece que con frecuencia la razón esencial es otra: la plantación de emparados es una solución de espera para un cierto número de especuladores. Ella permite a la vez preservarse de una eventual expropiación por el IRYDA sin tener que comprometerse en grandes inversiones necesarias para la creación de una explotación de horticultura forzada y poder esperar con paciencia, al precio de un trabajo relativamente reducido, el momento juzgado óptimo para la venta.

La confusión anárquica del paisaje resulta de la mezcla desordenada de los diferentes sistemas y del desigual progreso de la colonización. Ella expresa, de hecho, la desorganización propia de regiones que cambian tan rápidamente que resulta imposible regular su crecimiento. El desorden del hábitat traduce el carácter espontáneo del poblamiento que, frecuentemente, prohíbe toda ordenación previa. Cada uno se instala a su agrado, como puede, a proximidad de la parcela que supone cultivo. Un tanto por doquier, casitas elementales cúbicas surgen en los campos. El equipamiento por todas partes, es todavía rudimentario. A veces, los caminos de acceso están apenas trazados y la electricidad y el agua corriente faltan en los sectores más tardíamente habitados. La infraestructura escolar, finalmente, se revela sin cesar insuficiente, desbordada por las llegadas siempre más numerosas e imprevistas de nuevas familias. Los servicios públicos, municipales y correos están totalmente desbordados, ignorando la mayoría de sus administrados, perdidos en el anonimato de las construcciones recientes. El equipamiento comercial es algo más satisfactorio. Un tanto por doquier desde que se alcanza una densidad suficiente, aparecen espontáneamente tiendas de alimentación y cafés. Las poblaciones antiguas, sobre todo, han desarrollado una infraestructura de servicios a la medida de las nuevas poblaciones. El Ejido, cuyo aspecto denota el crecimiento reciente, tiende a imponerse como centro de relaciones principales.

Tales contrastes y la confusión que parece imponerse resultan de hecho de la falta de terminación de los trabajos de puesta en explotación. El Campo yuxtapone, en el fondo, tres caras diferentes.

El paisaje aún virgen de los sectores no regados subsiste en espacios importantes, en la pataforma meridional especialmente. Volveremos a encontrar aquí el aspecto tradicional del Campo: extensiones rasas y desiertas, de una estepa leprosa puntuadas solamente de tarde en tarde con algún cortijo en ruinas y algunas depresiones labradas a veces.

El paisaje de los sectores completamente acondicionados, alrededor de El Ejido y sobre todo en la depresión central, presentan por el contrario rasgos radicalmente opuestos: pululamiento humano, habitat disperso en racimos, parcelación menuda de un parcelario de huerta moderna tabicada por una infinidad de cortavientos de cañas. La generalización de los invernaderos aporta finalmente la nota dominante, la de un paisaje agrario «construido» donde se enredan sobre kilómetros las armaduras de los abrigos y los techos grises y brillantes de plástico. Es aquí donde se expresa el extraordinario éxito del Campo.

Sus cualidades pioneras se marcan en otras partes, en las márgenes. Es raro, en efecto, que los paisajes antes definidos se yuxtapongan sin transición. Más frecuentemente una franja de aspecto incierto los separa. La impresión de anarquía predomina cuando se mezclan los testigos de vieja economía —casas y cercados arruinados, pozos destrozados, chumberas abandonadas— y la marca conquistadora de la nueva agricultura: campos recientemente abiertos, invernaderos en construcción, casas sin terminar.

b) *La expansión demográfica* es a la vez una de las condiciones y el resultado del éxito del Campo de Dalías. Ella constituye, en todo caso por su rapidez uno de los elementos característicos de su naturaleza pionera. El crecimiento de la población ha sido espectacular. *En dos decenios, el número de los habitantes del Campo se ha quintuplicado.* Los efectivos que, en 1950 se encontraban estabilizados en unas 8.000 personas, pasan a 18.600 en 1960, a 40.000 en 1970. A pesar de la incertidumbre del «padrón» de 1975 en estas regiones, se puede estimar que alcanzan

hoy la cifra de 50.000 habitantes. Es éste el ritmo de un verdadero «crecimiento de hongo» que se acelera a medida que avanza la puesta en explotación: la población que, entre 1950 y 1960, aumentaba en un millar de individuos al año, se infla desde entonces a la cadencia regular, de más de 1.700 personas/año. El conjunto del Campo, medio desierto antaño, sostiene hoy densidades humanas superiores a los 150 habitantes/km² aun cuando su puesta en explotación no afecta aún sino a la mitad de su extensión.

Por su estructura, esta nueva población confiere al Campo de Dalías los caracteres de un campo a la vez moderno y excepcionalmente joven. La distribución profesional de los activos denota la vocación esencialmente agraria del Campo, pero revela también la importancia de las actividades no agrícolas asociadas a la agricultura. Es éste un carácter muy moderno y un elemento de equilibrio para la sociedad rural. Es también la expresión de las facultades «multiplicadoras» del nuevo sistema agrícola, capaz de promover el desarrollo de los otros sectores económicos. En 1970, el 60% de los activos trabajaban en la agricultura, repartidos según grupos equivalentes entre jefes de explotación y obreros. Una mitad de estos últimos eran asalariados permanentes; la mayoría eran jornaleros pero con la seguridad de encontrar contrato a todo lo largo del año. Las funciones no agrícolas utilizaban pues el 40 % de la mano de obra. Dos grupos de actividades empleaban a la mayor parte de ellos: los oficios asociados con la construcción y con el mantenimiento permanente de los invernaderos y de los «enarenados» (creación y reemplazamiento periódico del suelo, construcción de los abrigos, extracción de la arena, etc...); y los servicios ligados a la comercialización de productos agrícolas (empleados de las alhóndigas, de los bancos, mensajeros, comisionarios, transportistas, etc...).

El conjunto de esta población recientemente instalada es muy joven. Es ésta una consecuencia evidente de la inmigración, responsable del desarrollo demográfico: los recién llegados vienen en general por familias enteras, jóvenes parejas acompañadas de numerosos hijos que inflan enormemente las categorías de edades más jóvenes. La mayor parte de los habitantes tienen entre 15 y 40 años, pero un tercio de ellos son niños de menos de 15 años. Esta juventud, que garantiza la vitalidad del Campo,

se manifiesta igualmente a nivel de los activos. Cerca de los 2/3 de la población activa agrícola tiene menos de 40 años, el 37% tiene menos de 30 años. El excepcional dinamismo de estos campos debe mucho sin duda a esta juventud.

2. El Campo de Dalías, polo de atracción regional.

El poblamiento acelerado del Campo de Dalías, y su desarrollo no habrían sido posibles sin una voluminosa corriente de inmigración. De hecho, la rapidez del éxito agrícola se ha visto en gran medida favorecida por la existencia a proximidad de una abundante reserva de mano de obra. Los campos vecinos —montañas y cuencas superpobladas, condenadas a la emigración o a una pobreza creciente— no han suministrado solamente efectivos en número suficiente para colonizar las llanuras litorales. Ellos han alimentado también al Campo de hombres empujados hacia el éxito por una miseria que les apretaba, animados por una voluntad resuelta y prestos a los sacrificios más duros. El impulso pionero ha sacado aquí sus fuerzas vivas y así el éxito del Campo de Dalías se revela inseparable del esfuerzo producido por el interior de la comarca. De hecho, la nueva agricultura costera es, en lo esencial, obra de la región entera. Quedan por definir los límites de esta cuenca de mano de obra: ellos corresponden a las fronteras del nuevo edificio regional que se organiza alrededor del Campo de Dalías.

La inmigración hacia el Campo es *esencialmente regional*: la Andalucía oriental asegura los 9/10 de la corriente migratoria. La influencia lejana del Campo, sin embargo, no es en absoluto despreciable. Las llegadas más numerosas provienen de la Baja Andalucía (Jaén, Sevilla, Cádiz), del Levante (Valencia, Murcia) y de las regiones castellanas (Madrid, Ciudad Real). Existe igualmente una pequeña corriente venida del extranjero: Europa del norte-oeste, África del Norte o América Latina. Parcialmente compuesta por emigrantes almerienses que vuelven a su región, comporta también varias decenas de no andaluces —franceses, alemanes, belgas, británicos— venidos a tentar fortuna en este medio pionero.

Pero, en lo esencial el reclutamiento procede del interior monta-

nes. El área de atracción máxima, que proporciona los 3/4 de los inmigrantes, dibuja un semicírculo de una centena de kilómetros de radio, que se reduce por el nordeste a una cincuentena de kilómetros de profundidad. Sus límites están netamente marcados: siguen por el norte la cresta de la Sierra Nevada, trazan por el oeste una línea que liga Motril con el Valle de Lecrín y se hacen más imprecisos en el nordeste donde no engloban sino el tercio meridional de la provincia de Almería. Aíslan, pues, la mitad oriental de las cadenas béticas andaluzas. Más allá, la influencia mediterránea, atraída hacia la Costa del Sol, no se ve apenas afectada; no más que las altas llanuras intrabéticas o el norte de la provincia de Almería, más orientada hacia Murcia; sólo las vegas superpobladas de Guadix y Granada envían contingentes notables (fig. 19).

En el interior mismo de la zona de influencia así definida, la atracción del Campo de Dalías es muy desigual. Se reconocerá fácilmente el papel de la mayor o menor proximidad.

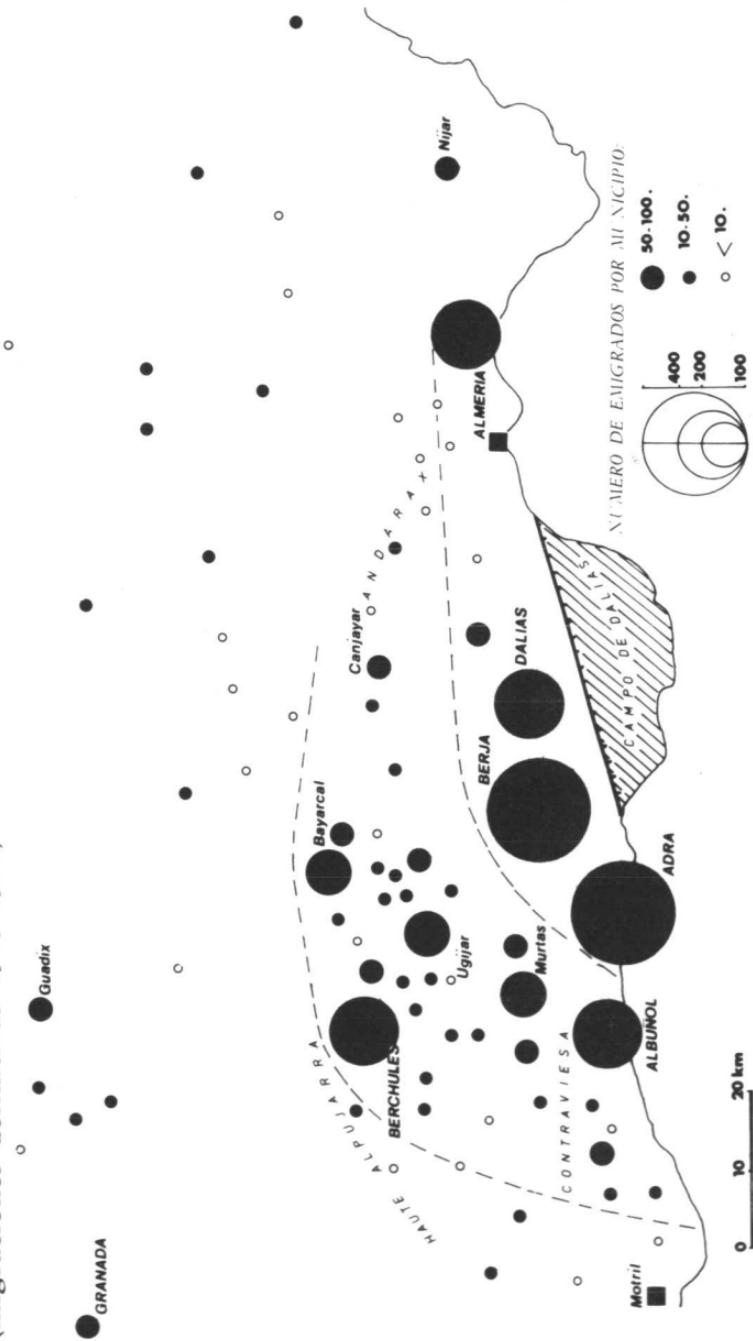
Una aureola externa, por el oeste, no resulta sino mediocremente atraída: se trata de la parte occidental de la Alpujarra, más próxima a Granada y sobre todo muy aislada de Dalías por un relieve que hace difíciles las relaciones. Igualmente, los movimientos estacionales con destino a la costa almeriense permanecen extremadamente débiles en todos estos sectores. Esta zona no puede pertenecer a la región funcional que se constituye alrededor del Campo de Dalías.

Una aureola más estrechamente circunscrita, que engloba los focos de relaciones intensas con el litoral, define el espacio verdaderamente polarizado por el Campo. Ella corresponde, en definitiva, a la Alpujarra oriental y puede descomponerse en tres conjuntos:

— Una zona baja, próxima a la costa, que reagrupa viejas vegas imperfectamente modernizadas (Almería, Adra) y sobre todo las cuencas consagradas al monocultivo tradicional de la uva (Berja, Dalías). Todos estos campos superpoblados envían cohortes considerables hacia el Campo. Ellos coinciden esencialmente con lo que podría denominarse el «área de los parrales» (40% de la corriente migratoria);

— *el viñedo de la Contraviesa*, sobre todo en su parte oriental (Albuñol, Albondón, Murtas), no encuentra en la nueva agricul-

FIG. 19. EL AREA DE ATRACCION REGIONAL
DEL CAMPO DE DALIAS
(migraciones definitivas 1965-1970)



tura de su propio litoral sino una salida insuficiente y asegura un 20% más o menos del flujo migratorio hacia el Campo;

— la Alta Alpujarra oriental, la de la alta montaña seca, granadina (Bérricholes, Ugíjar, etc...) tanto como la almeriense (Bayárcal, Alcoleas...) proporciona finalmente un contingente equivalente (20% del total).

El interior de la comarca que hoy gravita alrededor de los nuevos focos agrícolas litorales es pues esencialmente montañoso y alpujarreño. Apenas se extiende, por el contrario, hacia las regiones áridas del este y del nordeste almeriense, más allá del Andarax, y queda así encerrado en los límites estrictos de la Andalucía mediterránea.

B) UNA NUEVA REGION

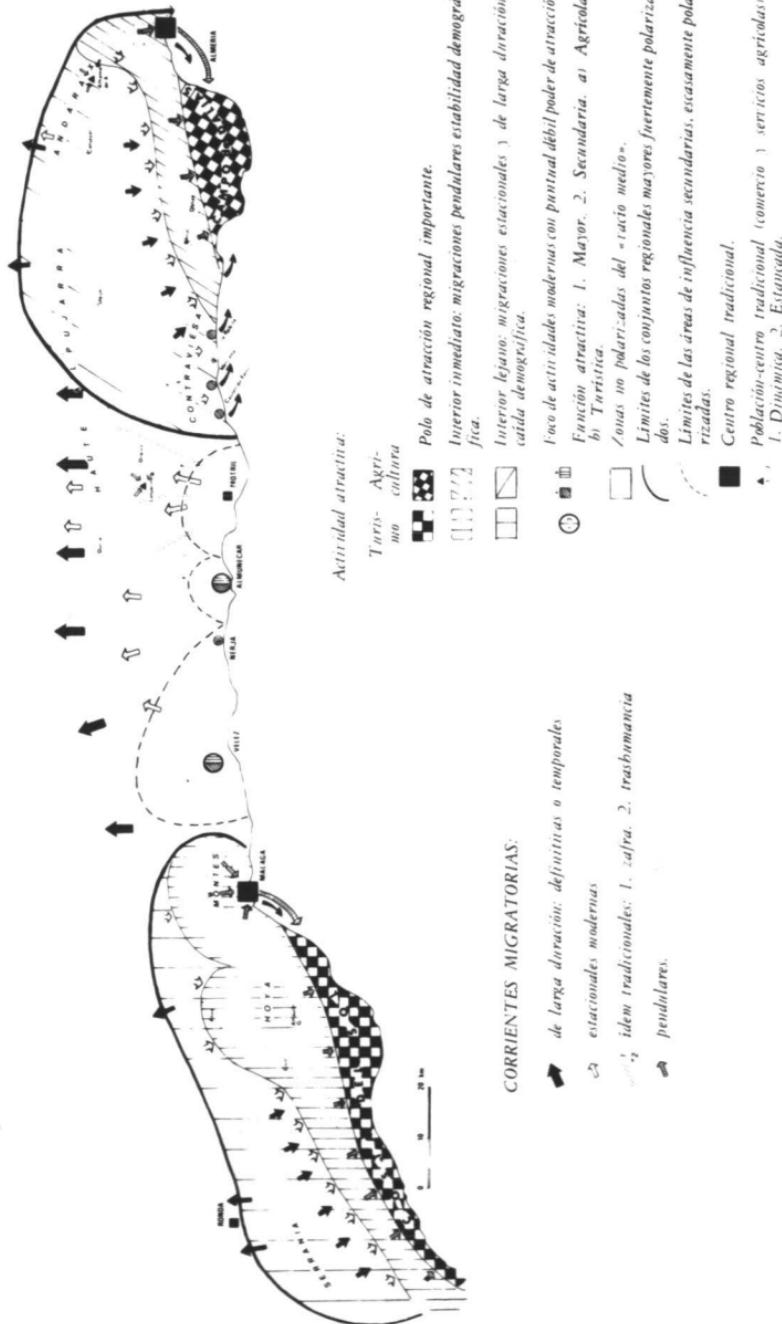
La nueva región oriental se distribuye en tres unidades bien distintas: una franja litoral en pleno desarrollo bajo la dirección del Campo de Dalías; una zona interior próxima estrechamente polarizada por la Costa (cuencas y vegas próximas del litoral, bajo Andarax); y la montaña, que hace sobre todo el papel de reserva de mano de obra (fig. 20).

1. Un litoral en plena expansión

Desde el delta del Andarax hasta los confines de la vega de Motril, es decir a lo largo de un centenar de kilómetros, la franja costera conoce una viva expansión demográfica, ligada por todas partes al desarrollo de la horticultura. Pero, únicamente, el Campo de Dalías, foco de impulsión de esta nueva economía de éxito, asegura una verdadera función de animación regional. De una y otra parte, las zonas litorales que participan de su prosperidad no son, en el fondo, sino «anejos».

El Campo de Dalías no es solamente la sede estrechamente circunscrita de una economía dinámica, ni tan sólo un simple polo de atracción para las comarcas vecinas reducidas a alimentar su propio crecimiento. A diferencia de la Costa del Sol malagueña, foco de prosperidad un tanto «insular», el Campo juega un papel de animación regional indiscutible: los movimientos esencialmente centrípetos, característicos de las zonas de gran

FIG. 20. LA REORGANIZACION REGIONAL DE LA ANDALUCIA MEDITERRANEA



turismo, se duplican aquí con las fuerzas centrífugas que tienden a extender la prosperidad hacia los sectores periféricos. El Campo de Dalías es a la vez un centro de difusión del progreso agrícola del que asume la dirección y un verdadero polo de animación para el interior de la comarca. La influencia regional del Campo se expresa, de entrada, por *el radio de influencia de su sistema de cultivo*. Se ha definido más arriba su área de expansión hasta las márgenes de la vega de Motril y, más allá, hasta Vélez. En todas estas pequeñas cuencas litorales, destinadas antes al cultivo de la caña de azúcar, la influencia del Campo de Dalías ha suplantado de una sola vez a la influencia tradicional de Motril, último bastión de las azucareras. Ayudado por sus éxitos aplastantes, el ejemplo del Campo ha sido, de hecho, el mejor instrumento de esta conquista hortícola, el promotor de la nueva prosperidad agrícola. Ha jugado para ello el papel empírico de centro de ensayos, y después, de foco de vulgarización de los métodos de cultivo. Es en su territorio donde han aparecido y después se han propagado innovaciones técnicas revolucionarias: la puesta a punto moderna de los antiguos procedimientos de cultivo sobre arena, los abrigos de plástico, las fórmulas comerciales por todas partes empleadas. Modelo de desarrollo para los campos costeros, él ha creado también —aunque en una menor medida— las condiciones precisas para el perfeccionamiento de la agricultura de montaña. Las vegas de la Alta Alpujarra han orientado, bajo la impulsión de la demanda de la horticultura litoral, su producción hacia el cultivo de semillas (judías «mochas»). A pesar del declive precipitado de la vida rural de las altas tierras y de su evolución reciente hacia formas de ganadería irracionales, no es imposible que los campesinos montañeses más dinámicos puedan poco a poco adaptarse a la producción de los nuevos granos utilizados masivamente en la costa y encontrar así una verdadera especialización. Así, la nueva agricultura litoral parece integrarse mucho más en la vida regional que lo hace el gran turismo malagueño.

Iniciador del progreso agrícola, el Campo de Dalías asume igualmente *la dirección de la nueva economía*, el enmarque del sistema que ha difundido mucho más allá de sus límites. La industria de bienes de equipo necesarios para el funcionamiento de la horticultura forzada se ha desarrollado a un ritmo rápido.

Plantas de fabricación de cajas para embalaje, fábricas de tubos metálicos, «films» de materia plástica (firma Eiffel, S. A.), se dispersan sobre el Campo y aseguran el aprovisionamiento de las explotaciones hortícolas de toda la costa.

Igualmente, y a pesar de la proliferación de las empresas de transporte y de las alhóndigas a todo lo largo del litoral, el Campo juega un papel capital en la comercialización de las hortalizas. El concentra cerca de los 2/3 de las 150 alhóndigas de la costa oriental —las más importantes—, y asegura los 3/4 de las ventas de las producciones fundamentales (tomates, judías, pimientos, pepinos). La apertura en 1973 de *Mercoalmería* en El Ejido trata de concentrar el negocio en un mercado de expedición provisto de todo el equipo moderno de información, de acondicionamiento y de manipulación. Pero ya El Ejido parece imponer un control decisivo en el dominio de los negocios. Numerosos índices dan testimonio de su importancia preponderante: el número de teléfonos y de establecimientos bancarios aquí es el más elevado de todas las ciudades de la provincia, excluyendo a Almería; lo mismo puede decirse de la intensidad del tráfico postal y del volumen de consumo de carburante... El Campo de Dalías controla pues lo esencial de la nueva economía agrícola de las costas orientales. Hay aquí, incluso, una diferencia importante con relación a la Costa del Sol balnearia cuya actividad, por el contrario, depende en gran medida de las decisiones de agentes exteriores a la región («tour-operators», propietarios extranjeros de los establecimientos turísticos, etc...). La autonomía comercial del Campo de Dalías es, sin embargo, aún imperfecta: lo esencial del tráfico de exportación se queda en manos del negocio murciano o valenciano cuyas grandes empresas envían lo mejor de la producción almeriense con sus propias etiquetas. Para ser completa, la función directriz del Campo de Dalías y la independencia de la economía hortícola regional ganarían, pues, al conquistar el control de las operaciones últimas de expedición. Es éste un objetivo que puede ser alcanzado progresivamente a medida que la juventud campesina local adquiera la madurez necesaria para la animación de cooperativas, ya que el negocio almeriense apoyado por las instalaciones existentes de *Mercoalmería* sabrá tomar la iniciativa de crear su propia red comercial.

El Campo de Dalías juega finalmente *el papel esencial de suministrador de trabajo* para el conjunto de las regiones vecinas. Al atraer a una fracción creciente de la emigración definitiva, el Campo desvía en su favor las corrientes orientadas hasta ahora hacia destinos lejanos. Cada vez que la migración se acompaña de la venta de la tenencia familiar en el pueblo de origen y de la compra de una parcela en el Campo, provoca paralelamente una transferencia de capitales que enriquece a la agricultura litoral en detrimento del interior.

Pero, su influencia sobre las comarcas del interior no puede reducirse a esta simple función de hombres y de capitales. Sostiene, en contrapartida, un importante movimiento de redistribución financiera por medio de voluminosas corrientes migratorias temporales. A lo largo del año, el Campo necesita de la aportación de una mano de obra estacional difícil de cifrar pero que puede estimarse en varios miles de personas. Del otoño al principio del verano, la recogida de hortalizas atrae a cohortes de jóvenes trabajadores cada vez más numerosas, jovencitas sobre todo, que al cabo de algunos meses aportan a sus familias un peculio apreciable. El verano, por el contrario, es la gran época de las migraciones masculinas mientras el cese de la producción se utiliza con provecho para el acondicionamiento y el mantenimiento de los enarenados y de los invernaderos. La limpieza de la arena, la operación del «retranqueo» (sustitución de la arena «usada», esparcimiento del estiércol), la reparación de los chasis de los invernaderos, la sustitución anual del plástico imponen el recurso a una mano de obra extremadamente voluminosa suministrada por el interior de la comarca.

A pesar de las apariencias, su papel en este dominio apenas es comparable al que juega la Costa del Sol turística. Mientras esta última ofrece esencialmente trabajos estacionales ligados a la construcción, durante la fase inicial de equipamiento balneario —efímera por definición—, la agricultura del Campo procura por el contrario empleos estacionales indispensables para su funcionamiento y cuya perennidad se encuentra, pues, garantizada. Bajo este ángulo, como bajo el de su dominio sobre el desarrollo o el de su facultad de difusión del progreso, el modelo de crecimiento presentado por la nueva agricultura se revela, pues, incomparable superior al que proporciona el gran

turismo. En esto, el Campo de Dalías aparece como un auténtico foco de animación regional.

La expansión reciente de Almería, particularmente brillante desde hace 20 años (de 75.000 a 115.000 habitantes, es decir + 53 %) es también en gran parte atribuible al éxito agrícola del Campo de Dalías. Sin duda, un modesto desarrollo industrial y un crecimiento más notable de la actividad turística intervienen para sostener esta expansión urbana. Pero, en lo esencial, el origen de ésta hay que buscarlo en el desarrollo rápido de las funciones comerciales y de los servicios. Pues bien, el papel de capital provincial de Almería es demasiado antiguo para poder explicar adecuadamente este fenómeno reciente que más bien hay que atribuir al éxito de la nueva agricultura. La expansión de Almería aparece así como una consecuencia mayor del desarrollo económico de los campos vecinos. De hecho, Almería participa por varios títulos de la prosperidad del Campo de Dalías. Asegura, de entrada, los servicios urbanos de alto nivel que necesitan el funcionamiento y el crecimiento de la nueva agricultura: función de marco técnico y administrativo al contar con las sedes de los servicios del IRYDA, de sociedades de investigación hidrogeológicas (ADARO) y de una estación de investigación agronómica; centro de expedición de los productos agrícolas gracias a su puerto, a su estación de ferrocarril y a su aeropuerto. Se beneficia finalmente de un desarrollo notable de las empresas de transporte por carretera, de los trabajos públicos y sobre todo de un desarrollo espectacular de los comercios de consumo especializado (confección, librerías, electrodomésticos, etc...) a enlazar directamente con el crecimiento rápido de la circulación monetaria surgido del enriquecimiento de las nuevas poblaciones rurales. Así, la prosperidad actual de los litorales orientales se deriva, tanto en la ciudad como en los campos, del progreso agrícola promovido por el Campo de Dalías.

2. La zona interior próxima

En un radio de una veintena de kilómetros, los campos vecinos a la costa viven cada vez más directamente dentro de la órbita de la economía litoral. Fuertemente atraídos por el Campo de Dalías, o por Almería que les sirve con frecuencia de

relevo, ellos pueden definirse hoy por dos caracteres significativos:

— Una demografía estable, escasamente deficitaria, a veces dinámica a pesar de las graves dificultades por las que pasa la economía agrícola, marcada por la crisis de los monocultivos envejecidos (parrales, agrios);

— la intensidad de las migraciones de trabajo hacia la costa —movimientos pendulares, estacionales— que sostienen lo esencial de la vida local y tienden a veces a transformar ciertos pueblos en ciudades-dormitorios.

El Bajo Andárrax servirá de ejemplo característico de estos campos del interior próximo. El Bajo Andárrax —siete municipios, desde las puertas de Almería hasta Santa Fe de Mondújar, que agrupan a unos 15.000 habitantes— se ve hoy profundamente marcado por dos fenómenos importantes: la crisis catástrofica del monocultivo de los agrios y la importancia fundamental de las migraciones de trabajo hacia la costa, dominadas por la atracción urbana de Almería.

a) *La crisis de la economía agrícola del Bajo Andárrax* es característica del hundimiento de las especulaciones «envejecidas». El desarrollo y después el triunfo del monocultivo de los agrios son sin embargo muy recientes. No es sino después de la Guerra cuando las plantaciones de naranjos se imponen realmente y sustituyen al monocultivo de los emparrados. En realidad, el principio de la expansión de los cítricos se corresponde muy exactamente con la crisis «parralera» de los años 1930. Modesto hasta 1950, el desarrollo de las plantaciones reviste en el decenio siguiente aires de una verdadera «explosión citrícola» que desemboca finalmente en un nuevo monocultivo. Las superficies de naranjos se han triplicado, pasando de 1.500 Ha a 1.725 en 1950, y después a 4.500 Ha en 1960.

La crisis sucede, sin transición, a la prosperidad de un corto decenio. Hoy, el monocultivo de los cítricos conoce una decrepitud más acusada aún que la que padece la viña más hacia las alturas. Los mecanismos de la crisis son, por otra parte, muy comparables a los que explican las dificultades de la viticultura.

El hundimiento de la citricultura responde primeramente a razones estructurales. El desmenuzamiento de las explotaciones representa una deficiencia importante: la mayoría de las tenencias

dispone solamente de 0,5 a 1 Ha de tierra regada, plantada íntegramente de naranjos, es decir, de 150 a 350 árboles como media. La producción anual se reduce, pues, a tonelajes muy débiles —10 a 20 Tm de fruta— que no pueden bastar para la subsistencia de una familia sino al precio de una alta valorización de los agrios. Pues bien, las taras de la estructura comercial se añaden aún a la fragilidad del sistema. Más aún que los viticultores, los pequeños productores de naranjas están aquí bajo la completa dependencia de un negocio enteramente controlado por las casas del Levante. Estas últimas, dueñas del mercado, permanecen libres de comprar o no, de fijar los precios a su conveniencia. Hasta 1960, el déficit del mercado internacional garantizaba, no obstante, la salida de la cosecha y remuneraciones elevadas. Las dificultades de la coyuntura actual repercuten de forma dramática sobre explotaciones demasiado exigüas, en equilibrio precario.

El derrumbamiento comercial consecutivo a la saturación de los mercados desplaza progresivamente a los compradores valencianos y murcianos de una región de producción en conjunto marginal y mediocremente adaptada a las necesidades de los consumidores. Hoy, la tara fundamental de la citricultura del Andárrax obedece en efecto a la calidad de las naranjas producidas. Se cultiva una variedad tradicional, la «Castellana», que sufre de un doble inconveniente:

— Un sabor muy dulce, cada vez menos apreciado, que la destina esencialmente desde ahora a la fabricación de jugos de frutas, totalmente inexistente en la región. Este cambio de vocación corresponde, de hecho, a un verdadero descenso de categoría.

— La precocidad de la naranja almeriense la hace entrar en concurrencia directa con los frutos más apreciados producidos fuera de la región, en el Levante o en el extranjero. El desarrollo de la Navel, sobre todo, ha asestado un golpe fatal a la producción del Andárrax, recolectada igualmente desde fines de octubre a fines de febrero.

Desde entonces, el problema de la dificultad de las ventas se plantea cada año con mayor gravedad. La masa de las invendidas no cesa de incrementarse hasta representar la mitad de la pro-

ducción (1971), incluso su casi totalidad (1977) (15). La cosecha, entonces, se estropea en el árbol.

El envilecimiento de las cotizaciones, regular e irreversible, no es menos grave. A precios corrientes, el valor a la producción de las naranjas del Andárx ha descendido en más de 1/3 desde los años faustos del período 1950-60. Vendidas entonces a cotizaciones de 4 pesetas/kilogramo, ellas no encuentran hoy compradores sino al precio irrisorio de 2,65 pesetas (1971-72), que apenas compensa los gastos de recolección. Se renuncia con ello cada vez más a su recogida.

Graves dificultades fitosanitarias vienen finalmente a completar la ruina total del sistema. Una violenta epidemia, provocada por un insecto —la «mosca blanca»— asola los huertos desde hace algunos años: los árboles perecen y mueren en gran cantidad. La lucha contra la enfermedad es difícil y onerosa (los tratamientos repetidos cuestan unas 20.000 ptas./Ha) en momentos en que la caída de los precios reduce las rentas a casi nada.

La conjunción de todas estas dificultades desemboca finalmente en una situación de extrema gravedad: la agricultura del Bajo Andárx se hunde. La evolución actual del Bajo Andárx agrícola revela, sin embargo, tendencias divergentes.

El abandono, parcial o total, de las explotaciones de naranjos representa el caso más frecuente. Es ésta una reacción general, la única posible por parte del microcampesinado incapaz de asumir los gastos de una reconversión de resultados hipotéticos. Mientras la apertura del valle hacia el norte limita el interés de una reorientación hacia la horticultura fuera de estación, sometida aquí a los vientos fríos del invierno, la sustitución de la «Castañana» por variedades modernas de naranjos permanece impracticable para la mayoría de los productores. El abandono total es sin embargo muy raro: el alquiler de las tenencias resulta, en efecto, de un mediocre interés, por falta de demanda; las ventas son igualmente poco frecuentes, por el hecho del precio muy elevado de las tierras de regadío. El abandono parcial y el paso a la agricultura de recogida se hacen pues la regla general. Se

(15) Segundo datos facilitados por el Sindicato de Frutos de Almería.

reduce el mantenimiento de las tierras al mínimo (riego sobre todo), suprimiendo más o menos completamente los trabajos de suelo y los tratamientos. Las plantaciones invadidas por la hierba ofrecen frecuentemente un aspecto desolador. La recolección no es practicada sino en los casos en que está asegurada la venta. La función agrícola se ve así poco a poco reducida al rango de una recogida eventual. En la mayoría de los casos ha cesado de ser una verdadera actividad económica: los huertos subsisten en la espera de un relanzamiento comercial ilusorio o, por inercia, por falta de una real voluntad de reconversión.

La reconversión se manifiesta, no obstante, en ciertos casos, siempre asociados a la propiedad burguesa ciudadana de la que se ha conocido anteriormente (primera parte, capítulo III) su papel excepcional en el Bajo Andárx. A diferencia de las estructuras exclusivamente campesinas del alto valle vitícola, las vegas del Bajo Andárx están en efecto controladas en los 3/4 del suelo por propietarios de la ciudad (70% en Rioja, 75% en Benahádux, 80 % en Péchina, etc...). Pues bien, contrariamente a la masa de pequeños campesinos, la burguesía ciudadana dispone de recursos suficientes para emprender una verdadera reconversión agrícola. Así, como siempre sucede en estas campiñas periurbanas, las iniciativas, los progresos técnicos, las reorientaciones económicas proceden de la ciudad: es la burguesía almeriense la que estaba ya en el origen del reemplazo del emparrado por el naranjo —los catastrós de antes de la Guerra no dejan ninguna duda a este respecto—, es ella también la que ha provocado desde entonces la multiplicación de los pozos, y la que hoy finalmente emprende la renovación de la citricultura. La reorientación actual consiste en arrancar los viejos naranjos para reemplazarlos progresivamente por una nueva producción fácil de vender, la de las clementinas, sobre todo, que se benefician de cotizaciones elevadas, y, accesoriamente, la del limón o la de la naranja Navel.

Puede estimarse que actualmente el 25 a 30 % de los naranjos del Bajo Andárx han sido replantados, siempre por instigación de los propietarios foráneos. Estas iniciativas ¿conducirán poco a poco a la masa de los campesinos hacia la vía de la reconversión agrícola? Mientras la atracción de los empleos del litoral se hace cada vez más potente, el valor del ejemplo burgués parece en

gran medida debilitado. La población agrícola, sobre todo los jóvenes, parecen haber optado por otras funciones que les alejan de la explotación familiar.

b) *El papel de las actividades urbanas* resulta hoy decisivo para las poblaciones rurales del Bajo Andárx. Mientras que, *in situ*, la agricultura no ofrece ya recursos suficientes, el buen contenido demográfico de estos campos en crisis puede a primera vista parecer sorprendente. Desde 1960, la población del conjunto del Bajo Andárx se ha incrementado en un 5%. El éxodo rural existe, no obstante, pero se reduce a tasas extremadamente débiles, que van decreciendo: las partidas lejanas, hacia Alemania sobre todo, han cesado prácticamente hoy; la emigración hacia Cataluña que vacía al alto valle no afecta ya aquí sino a efectivos muy modestos. La emigración definitiva hacia el Campo de Dalías es bastante rara.

Esta estabilidad, bastante excepcional, resulta evidentemente de la proximidad de los focos litorales de empleo que permite la generalización de las migraciones pendulares de trabajo. Las migraciones cotidianas hacia las tareas agrícolas o para-agrícolas del Campo de Dalías y accesoriamente del Campo de Níjar e incluso de Alhama («engarpe» de primavera y «faena» de otoño) afectan por igual a hombres y a mujeres, pero son sobre todo estacionales. Por el contrario, los desplazamientos hacia los oficios urbanos de Almería son regulares y permanentes. Añadidos, estos diferentes movimientos pendulares tienden a transformar el Bajo Andárx en un «interior-dormitorio» del litoral y, cada vez más, en una zona periurbana. El desarrollo de las funciones suburbanas aparece hoy como el carácter dominante de la evolución reciente del Bajo Andárx. En el corazón del valle, el ejemplo de los municipios de Péchina y Benahádux, situados a 10 y 15 km respectivamente de Almería, proporciona una buena ilustración de este fenómeno.

Se subrayará, de entrada, *el desarrollo rápido de las actividades no agrícolas*, hoy preponderantes, que confirma una mutación reciente hacia géneros de vida periurbanos. En 1970, el 55% de los activos en Péchina y el 75% en Benahádux ejercían profesiones de carácter urbano. Pues bien, se trata aquí de un fenómeno tardío que se remonta a menos de un decenio, como resultado conjugado de la expansión de Almería y de la crisis

citrícola: en 1950, el 70% de los activos de Benahádux dependía aún únicamente del sector agrícola.

Una parte solamente de estos empleos —del 30 al 40 % si nos remitimos al censo de Benahádux, un tanto impreciso a este respecto— supone migraciones cotidianas hacia la aglomeración de Almería. Un contingente considerable de la población activa —más de la mitad— se ha reconvertido, pues, en el lugar, beneficiándose de la expansión de las actividades terciarias y secundarias producidas por el desarrollo almeriense. Comercios y servicios han registrado el desarrollo más rápido y emplean *in situ* a la mayoría de los no agrícolas sedentarios. Mientras que los viejos oficios, muy numerosos aún en 1950, de muleteros y toneleros (para la expedición de la uva) han desaparecido totalmente, mientras que los almacenes para el acondicionamiento y embalaje de las naranjas emplean solamente a algunas decenas de personas, son los pequeños comercios corrientes los que utilizan hoy los efectivos más numerosos. Su progreso muy vivo debe estar ligado al desarrollo del género de vida urbano y sobre todo al aumento de la circulación monetaria proveniente en particular de los salarios distribuidos por la ciudad o el Campo de Dalías. Las actividades industriales han conocido igualmente una cierta expansión. Sobre todo representadas anualmente por las minas de hierro de la Sierra Alhamilla que no emplean ya más que a algunos obreros, ellas se benefician actualmente de la presencia de algunas pequeñas fábricas (fábricas de bebidas —limonada, alcohol—, fábricas de ladrillos), y del mantenimiento de los efectivos de la estación ferroviaria de Benahádux. Pero se benefician sobre todo del desarrollo *in situ* de las empresas de la construcción que constituyen desde ahora una fuente esencial de trabajo.

La función residencial adquiere, en efecto, una importancia cada vez mayor, lo que confirma la vocación suburbana de estos municipios. Aquí y allí comienzan a edificarse, por decenas, alojamientos en bloques colectivos, mientras se constituyen las primeras urbanizaciones. En la vega, las residencias secundarias hacen una tímida aparición, al ritmo del abandono agrícola: algunos «cortijos» abandonados son vueltos a comprar, reparados y transformados en casas de campo. Así continúa la tradición de las residencias de placer desde hace mucho tiempo ligadas aquí a

la existencia de las propiedades de la burguesía ciudadana, que señalan las casas de señores con rejas monumentales. La función residencial, en su forma más elaborada —casas secundarias, conjuntos colectivos—, permanece sin embargo embrionaria aún: más que un suburbio, el Bajo Andarax es una tierra agrícola en vías de urbanización.

La función agrícola se ha tornado sin embargo accesoria. En Benahádux, el número absoluto de sus activos en la agricultura se ha reducido en 2/3 desde 1950. La función agrícola local se ha tornado notoriamente marginal. De hecho, las tenencias campesinas que subsisten se componen bien sea de explotaciones-retiro, bien sea de explotaciones a tiempo parcial en las que las rentas agrícolas resultan muy secundarias.

La citricultura, en pequeñas superficies, se adapta, por otra parte, perfectamente a este sistema y deja suficiente tiempo libre. El abandono de los cuidados más exigentes, desde hace algunos años, aumenta aún más la disponibilidad de los campesinos. En realidad, la asociación permanente de la explotación agrícola y de una actividad exterior regular no es muy frecuente: una treintena de agricultores, de 175, están en este caso, en Rioja. Se trata aquí de personas que disponen de un empleo fijo en el lugar (comercios, principalmente) o, sobre todo, en Almería, en la construcción. Más habitual es el recurso a la aportación de trabajos estacionales en los que participan a veces, en épocas diferentes, todos los miembros de la familia: los desplazamientos hacia Francia subsisten todavía, pero es sobre todo el Campo de Dalías el que atrae hoy a la mayoría de los estacionales.

Sin embargo, la mayor parte de la población agrícola está constituida —en sus 3/4 aproximadamente— de asalariados. Estos, residentes en los municipios del Bajo Andarax, ejercen de hecho sus funciones en el exterior. Migrantes cotidianos o semanales, están esencialmente empleados, en forma más o menos continua, en la horticultura del Campo de Dalías.

Así, mientras que la agricultura local sufre un desmoronamiento completo o se reconvierte solamente en las explotaciones de la burguesía ciudadana, la vida del Bajo Andarax depende cada vez más integralmente de las actividades litorales, repartidas entre la influencia urbana de Almería y la atracción agrícola del Campo de Dalías.

3. El hinterland profundo

En estas montañas donde el éxodo rural es hoy el fenómeno mayor, el papel decisivo del Campo de Dalías es el de captar las corrientes migratorias de destinos lejanos hasta ahora, para desplazarlas progresivamente en beneficio de la región y de su desarrollo. La influencia litoral no se traduce pues en absoluto en una estabilización demográfica. A diferencia de las zonas del interior próximo, la población continúa declinando, a pesar del aporte financiero de las migraciones estacionales que permite el mantenimiento de la mayoría de las explotaciones aún en actividad.

Las laderas de la Contraviesa caen, por ejemplo, bajo la dependencia del Campo de Dalías y su porvenir depende cada vez más de la nueva agricultura litoral. El mantenimiento de la viticultura queda subordinado a los ingresos suplementarios proporcionados por las migraciones estacionales de recolección mientras que, a la inversa, el éxodo rural que vacía los campos viene captado en una proporción creciente por la revalorización del Campo de Dalías. A medio o largo plazo, la supervivencia de la Contraviesa depende del equilibrio entre estas dos fuerzas contrarias, centrífugas y centrípetas, ambas reguladas por el mismo foco. Si, como es probable, la colonización de los espacios todavía vírgenes del Campo continúa aún al mismo ritmo durante algunos años, el resultado final no deja apenas dudas: las llanuras hortícolas habrán concentrado la mayor parte de las poblaciones de la Contraviesa. Esto es, en todo caso, lo que dejan entrever los resultados de un análisis de la corriente migratoria definitiva hacia el Campo, la constatación de su intensidad y sobre todo el crecimiento continuo de volumen. Así, en un quinquenio (1965-1970), los municipios de Turón, Rúbite y Albondón han enviado cada uno de 50 a 100 emigrantes definitivos hacia el Campo, mientras que Murtas participaba en el movimiento con unas 130 personas y Albuñol con cerca de 400 individuos. Más significativa aún es la tendencia del litoral almeriense a desviar una parte cada vez más importante del flujo que hasta ahora se exiliaba fuera de la región. La evolución resulta bastante clara en el caso de Albondón donde el recuento de cerca de 650 fichas de «bajas municipales» ha permitido

reconstruir las etapas de esta captura progresiva. Se distinguen aquí finalmente tres episodios:

Destino de los emigrados definitivos a partir de Albondón

Número de emigrados (%) con destino a	Cataluña	Provincia de Granada	Litoral hortícola de Almería u Castell de Ferro
1960-65	40%	33%	24%
1965-70	29,5%	24%	47%
1970-73	24%	8%	68%

— Hasta 1965, la influencia del Campo de Dalías permanece poco sensible (apenas 1/4 de los emigrantes). Lo esencial del éxodo rural converge hacia Cataluña (40%) y, en una parte notable (33%) se dispersa en las ciudades (Granada, Motril) y los campos granadinos.

— El período 1965-70 representa el giro cuando la atracción de los nuevos focos agrícolas costeros comienza a imponerse y absorbe ya cerca de la mitad de la corriente migratoria. Pero esta fracción del flujo con destino litoral se reparte entre el Campo de Dalías y la costa vecina de la Contraviesa, entonces en plena expansión hortícola. La industria catalana continúa, por otra parte, ejerciendo una viva atracción (1/3 de los emigrados).

— Desde 1970, mientras que el papel de Cataluña se reduce a menos de 1/4 de la corriente migratoria y que el litoral de la Contraviesa íntegramente colonizado no atrae ya, la influencia del litoral almeriense se ejerce finalmente en forma preponderante. El Campo de Dalías se ha impuesto como un polo regional mayor.

Menos ruidosa que el desarrollo balneario de las costas occidentales, la expansión de la nueva agricultura de huerta parece sin embargo asentar más sólidamente el poder regional del Campo de Dalías que lo que haya hecho el turismo por la Costa del Sol malagueña. Su influencia sobre las poblaciones de montaña del interior «profundo» es, finalmente, más absoluta que la atracción de la Costa del Sol sobre la Serranía de Ronda. Sobre todo, más allá de las semejanzas aparentes sugeridas por la identidad de los fenómenos engendrados aquí y allí por el desarrollo de las economías litorales —migraciones pendulares, esta-

cionales o definitivas—, su intervención es indiscutiblemente más positiva: constituye a la vez una fuente de empleo duradero —puesto que está ligada al funcionamiento mismo de las nuevas actividades y no solamente a las necesidades de una fase de equipamiento— y un medio de promoción social auténtico para la masa de la población autóctona. Finalmente, a diferencia del turismo cuyo progreso tiende a frenar el desarrollo agrícola de los campos vecinos (Hoya de Málaga), los éxitos del Campo de Dalías sirven, por el contrario, de modelo a partir del cual el progreso se difunde sobre el conjunto de los sectores físicamente aptos para recibirlo. Al crecimiento turístico, «insular» y con frecuencia esterilizante para el interior, el Campo de Dalías opone una solución ciertamente más fecunda para la región que controla.

CONCLUSION DE LA TERCERA PARTE

La Andalucía mediterránea está descuartizada.

La localización en sus extremidades de los únicos grandes focos de actividades modernas, separados por un gran espacio intermedio sin dinamismo, sanciona un desgarre profundo del tejido regional (fig. 20). La Andalucía mediterránea pierde aquí su unidad, por falta de una impulsión única capaz de influir sobre el conjunto de su territorio y de orientar su economía en una dirección común. Málaga, que antaño ha jugado este papel, ha perdido su antigua primacía, extendida, en cierta época, hasta las fundiciones y luego las azucareras de Adra, hasta los viñedos de la Contraviesa y los emparrados del Andárrax. La Andalucía mediterránea se estructura en dos conjuntos autónomos, indiferentes el uno al otro. Sobre todo, la existencia, entre estas dos unidades funcionales, de un ensamblaje invertebrado de «comarca» sin dirección, refuerza el aislamiento de las dos fracciones activas del territorio y cristaliza su explosión.

La persistencia de tal situación consagraría no solamente la disociación de la Andalucía mediterránea sino que podría también modificar la estructura regional de la totalidad del sur andaluz. Existe, en efecto, el riesgo de que los conjuntos territoriales que se organizan al oeste alrededor de la Costa del Sol, en

el este alrededor del Campo de Dalías, demasiado modestos para conservar aisladamente una vida independiente, sean poco a poco atraídos dentro de la órbita de los polos exteriores más potentes, integrados a sistemas regionales periféricos de dimensiones superiores.

El oeste malagueño, imperfectamente sostenido por un desarrollo turístico que se integra mal con la economía provincial, se halla demasiado próximo a la Baja Andalucía del Guadalquivir para no resentirse poco a poco de su atracción. Las relaciones se establecen ya con la Andalucía occidental más que con las comarcas del este almeriense: la Costa del Sol ha atraído mucho más a trabajadores gaditanos y cordobeses que a granadinos o almerienses; el puerto de Málaga aspira a incrementar su tráfico con la extensión de su hinterland hasta las llanuras de Córdoba. Sobre todo, la hipótesis de un futuro crecimiento del gran turismo se basa en la conquista del litoral occidental, hacia Gibraltar y las costas de Cádiz, más que en la ocupación difícil de las orillas escarpadas del este andaluz. Podría verse constituir así una Andalucía occidental —la de las grandes aglomeraciones, de la urbanización rápida y de las violentas oposiciones ciudad-campo— a la cual los territorios malagueños estarían asociados como un ala oriental desligada del resto de la Andalucía mediterránea.

Opuestamente, el foco almeriense, privado de relaciones hacia el oeste, podría integrarse entonces en una vasta región murciana, «huerta» de España y de Europa. El imperio del comercio levantino y la organización de las corrientes de exportación someten ya los campos de Almería a la tutela de Murcia. Si el control de esta última se mantuviera o incluso se afirmara, la Andalucía mediterránea oriental no aparecería ya entonces sino como la apófisis meridional de un vasto sudeste agrícola de influencia murciana.

En momentos en que con tanta fuerza se revela la preocupación por la identidad regional andaluza, tales problemas no debieran dejar indiferentes a los hombres de la Andalucía mediterránea.